



Rosa Alcántara Menéndez

EL
RUMOR DE
TUS
BESOS

Sin este amor, no somos nada

D.J.57

El rumor de tus besos

Rosa Alcántara Menéndez

Copyright © Rosa Alcántara Menéndez 2018

Diseño Portada © Virginia Miguel Teixidó 2018

<https://www.rosamenendez.com>

<https://www.facebook.com/RosaAlcantaraMenendez/>

Excepto entornos, personas y hechos históricos reales, los personajes y todas las situaciones de esta novela son ficticios, producto de la rigurosa locura de mi imaginación y las experiencias que me ha proporcionado la vida, la literatura y todos los documentos que han servido para que esta historia sea creíble. Cualquier semejanza con la realidad no sería posible, siempre me quedaría corta.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación de un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

El rumor de tus besos

(Así empezó *La fragancia de lo infinito*)

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Sobre la autora](#)

[Páginas de interés](#)

Capítulo 1

Casablanca, 26 de diciembre de 1953

¿DÓNDE ESTABA LA CHICA QUE FUE? Ante el gran espejo del tocador de su dormitorio, Céline no pudo encontrarse. Quizás, aquella chica alegre se había escondido en un rincón de su alma. Se bajó los tirantes del camisón blanco y giró la cabeza para ver el oscuro hematoma que le cruzaba la espalda. Dolía. Al levantar la vista hasta sus ojos, el azul apagado por la tristeza se inundó de piadosas lágrimas para hundirla en la penosa angustia de la impotencia. Esa extraña no era ella.

¿Por qué malgastaba su vida? Tampoco halló una respuesta ni palabras que la absolvieran; nada mitigaría la peor de las sensaciones. Traicionarse a sí misma rozaba el sacrilegio.

De forma súbita, madame Martel irrumpió en esa habitación de anticuado aire conservador. Como siempre, entró sin la deferencia de llamar a la puerta. Como siempre, creyéndose por encima de todo y, por supuesto, su dueña.

A través del espejo, Céline le recorrió con una mirada despectiva el vestido verde de fiesta. Pero no le saldría ningún halago de la boca. A los sesenta años, su madre aún conservaba parte de la belleza juvenil y una figura delgada. Tenía

apariencia señorial y modales exquisitos en público. En privado era otra cosa, se había rendido a la tentación del lujo a cambio de una ignominiosa complicidad.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó madame Martel alzando un poco la voz.

—Contemplo a un fantasma —respondió, sin tomarse la molestia de subirse el camisón y sin esperar ningún interés de ella—. Déjame sola, por favor.

—No, tienes que acompañarme al aniversario del general.

—No podría ir aunque quisiera.

La señora Martel sacó del armario un vestido rojo de seda, llamativo.

—Vístete —ordenó, colocando el vestido en la cama—, y no te quejes tanto. François te mantiene muy bien.

Céline sintió una arcada al posar los ojos en esa cama con dosel, testigo de sus momentos más indignos.

—¿A ti no?

Los ojos castaños de madame Martel destellaron con ira.

—No seas soberbia, Cel. Las dos aguantamos lo que nos merecemos. Deja de compadecerte y vístete de una vez.

El desánimo de Céline la condujo a evitar otro enfrentamiento que acabaría en amarga discusión. Estaba atrapada entre ella y François, su carcelero y ladrón de sueños. Era un viejo anticuario acomplexado, agresivo, ni con un millón de jaulas de oro redimiría sus pecados. La razón se le nublaba al pensar en él. Hasta le deseó la

muerte. Alguien así no debería tener derecho a la vida, no la apreciaba ni era capaz de admitir la felicidad de los demás. Rezó para que desapareciera entre las antiguallas de su floreciente negocio, en aquel reducto de las posesiones de otros donde se cobijaba tras humillarla. «Ojalá se pudra en el infierno. Ojalá roben en la tienda y acaben con él», esa fue su letanía al vestirse.

* * *

ATRAVESARON LOS ARCOS ENGALANADOS del Hipódromo en el selecto barrio de Anfa ni dos horas después. Céline se sentía cual cirio consumido entre una multitud de fogosas bengalas. El ambiente alegre no tardó en evadirla de sus tormentos. Tampoco perdía detalle de los atuendos carísimos de las señoras ni de los uniformes militares de gran parte de los hombres. Sin duda, las personas más distinguidas de la ciudad no habían querido faltar a la invitación del general Fournier. Oyó rumores acerca de su próxima jubilación. Solo eso. No hizo amago de integrarse. Seguía a su madre de un corrillo a otro como un cordero a punto de ser sacrificado.

Cuando su madre saludó a la esposa del general, Sophie, y esta le mostró una ligera sonrisa ante la retahíla de beneplácitos que salían a borbotones de su boca, aunque era cierto que llevaba un traje negro precioso y sus alhajas deslumbraban, creyó que la mujer compartía su opinión. Tanta frivolidad sonaba inapropiada.

Sophie, con modales correctos, la cortó despidiéndose ajena a la diversión de Céline. En aquel preciso instante estaba riéndose en su fuero interno, a pesar de mostrar una expresión neutra.

—Louis —exclamó contenta Sophie a escasos metros de Céline—, empezaba a

pensar que no vendrías.

—Siento la tardanza, mamá. Helen se ha entretenido arreglándose.

Céline volvió la cabeza bajo el influjo de una voz grave que le erizó la piel. No fue consciente de la simplicidad de un gesto determinante. Sus ojos se clavaron en las pupilas más oscuras que había visto nunca, en un magnetismo brutal donde colapsaron inamovibles. Necesitó parpadear varias veces para salir de aquel infierno. Dirigió otro vistazo al hombre desde más cerca, cuando Sophie los presentó y él sujetó su mano durante la eternidad de unos pocos segundos: distinguido, seguro, rondaría los treinta. Era el paradigma del atractivo masculino por unos rasgos armoniosos pero rotundos, su altura, el porte elegante con un esmoquin negro y el pelo oscuro muy corto y bastante espeso.

Céline jamás adivinaría que mientras lo examinaba con disimulado interés, él se encontraba perdido en el torrente de sus ojos. Creyó ahogarse en aquel azul limpio si no apartaba la mirada. Entonces reparó en la piel pálida de su escote, destacaba como la arena del desierto rodeada de sangre, y sintió un nudo en el estómago. Era la mujer más fina entre aquel enjambre de ostentación, y se las ingenió para acapararla en cuanto sus madres les dieron un respiro al alejarse con otros invitados.

Debía ser discreto, alertar la suspicacia de Helen no entraba en sus planes inmediatos y cualquier imprudencia desataría insidiosos rumores. Sin embargo, una fuerza potente le empujó a arriesgar; por primera vez en su vida deseó aprovechar la ocasión perfecta de conocer a una bella mujer.

Céline sonrió con timidez al aceptar la copa de champán que Louis le ofreció. No

tardaron en encaminar sus pasos lentos fuera del bullicioso salón hacia la oscura noche. Sin rumbo, empezaron a vagar por el extenso jardín alrededor del hipódromo.

El silencio rodeaba de sutileza una charla cómplice, y la cercanía del mar difuminaba brisa fresca. Louis notó el ligero estremecimiento de Céline, se quitó la chaqueta y la colocó sobre sus hombros con un movimiento un poco más largo de lo conveniente. Aspiró el aroma de su cabello y cerró los ojos. Por ese olor habría muerto en éxtasis.

Pasado un buen rato regresaron al animado baile. Con una gentil reverencia, ignorando adrede los ojos escudriñadores de madame Martel, Louis besó la mano de Céline. Pero no fue eso lo que desconcertó a Céline. La dejó aturdida sentir en el interior de la mano el roce áspero de un papel. Cerró el puño sujetándolo con el pulgar, arqueó los labios con una leve sonrisa y retomó la pesadez de soportar a su madre sin apreciar los sagaces ojos negros que la perseguían expectantes.

Oculto en los servicios, descubrió que el papel era una tarjeta de visita doblada. ¿Cuándo la había escrito? Céline estaba perpleja, esa impulsividad la azotó de alegría. Al instante, leyó: «*Mañana estaré a las 4 en el espigón de La Corniche, hónrame con tu presencia. L.F.*». Obnubilada en unas letras de trazos espigados, apretó los labios y, sin saberlo, tomó la decisión que daría sentido a su vida.

Capítulo 2

Casablanca, 27 de diciembre de 1953

LA QUIETUD RODEABA EL DORMITORIO cuando Céline se vestía despacio para ir a La Corniche, con los cinco sentidos alerta a cualquier intromisión que malograra ese arriesgado propósito. François era imprevisible, aunque suponía que un buen negocio no le permitiría regresar hasta avanzada la noche; y su madre, otra inoportuna, estaba entretenida en el club con varias amigas. Insistió en que asistiera y pasara un rato en tan agradable compañía, sin éxito por un motivo excepcional: entre esas amigas se encontraba Helen Fournier y ella iba a reunirse en secreto con su marido.

Como la excitación controlaba sus movimientos, tardó bastante en recogerse la melena en un moño que le aportaba sobriedad al vestido de seda blanca y en elegir los tacones apropiados. Repasó los objetos del coqueto bolso de piel, imprescindibles para pisar la calle: polvera, pañuelo blanco doblado a la perfección, un monedero con efectivo y las llaves de esa cárcel considerada su casa.

Después de echarse el perfume de jazmín que rara vez usaba por atrevido, teniendo en cuenta lo que estaba a punto de hacer le pareció acertado, salió cerrando

con suavidad la puerta. Al bajar la escalera de brillante mármol intentaba contener unos nervios traicioneros.

Atravesó el patio sintiendo la adrenalina de una gacela al huir de un depredador. En este caso, Ouarda. Era la mujer que llevaba a su servicio veinticuatro años, los que ella tenía. Sortearla habría sido fácil, nunca cuestionaría ninguna de sus decisiones; sin embargo, engañar a unos ojos negros escudriñadores con poderes adivinatorios, o un instinto fuera de la lógica para descubrir la verdad entre patrañas, eso, sin duda, jamás lo habría logrado. Y, desde luego, su reunión clandestina con un hombre casado debía quedar en el más absoluto de los secretos. Solo el comandante Fournier y ella tenían en las manos airearla, y nunca ocurriría lo imposible por las consecuencias nefastas y violentas que sufriría. La cólera de François no alentaba indiscreciones.

* * *

Entretanto, Louis aparcaba su flamante Aston Martin DB2 negro cerca del espigón y encendía un cigarro por aplacar sus nervios. Era consciente de haber traspasado una barrera invisible al darle la tarjeta con la cita, osadamente; incluso de malinterpretar la actitud cordial de ella durante la velada. No dejaba de pensarlo. Le había podido el deseo de conocerla mejor y sentir otra vez la complicidad natural que convirtió el cumpleaños de su padre en un acontecimiento extraordinario. Jamás había disfrutado tanto charlando con una mujer. Le gustaron sus ideas de independencia feminista, fue divertido escuchar alegatos contra los hombres que le hicieron recapacitar; su sentido del humor suave y sarcástico o su pasión desmedida por el Arte, que no llegó a

entender pero le pareció respetable, y, por supuesto, seguía encandilado por su serena belleza.

Apagó el cigarro y soltó un bufido prolongado antes de abandonar el coche para esperarla en el espigón. La temperatura era fresca pero agradable para cualquier invierno europeo. Marruecos, o Casablanca en concreto, tenían siempre una primavera constante que permitía salir sin exceso de ropa ni temer inoportunas lluvias. Louis esa tarde no llevaba el uniforme, la discreción era fundamental. Vestía un traje oscuro con chaleco, camisa blanca almidonada y corbata verde de seda. Perdió un buen rato afeitándose, preocupado como nunca por impresionarla, con tanto interés como un adolescente atolondrado ante su primera cita.

El mar se movía formando crestas rebeldes bajo el tibio sol que se reflejaba en la superficie como luminosas estelas doradas. Encendió otro cigarro tras echarle un vistazo a su elegante reloj, un Rolex de oro que le regaló su padre con el ascenso a comandante, y de nuevo empezó a maldecirse por iluso. ¿De verdad esperaba que ella apareciera? ¿Qué mujer en su sano juicio, casada a más inri, acudiría a esa cita? Se dio de plazo hasta terminar de fumar, unos minutos de esperanza.

Abstraído, contemplaba el oleaje sin dejar de repetirse la arenga de iluso con ganas de complicarse la vida. ¿No era suficiente estar casado con una mujer manipuladora y celosa para buscarse más problemas? ¿Qué narices se le había pasado por la cabeza al escribir la maldita cita? Se llevó el cigarro a la boca y, aspirando una larga calada, la última, claudicó: *madame* Hubert lo había dejado plantado.

Tiró la colilla al océano de malos modos, con intención de conducir un buen rato;

a ver si así olvidaba su estupidez.

—¿Louis?

Lentamente, el sonido suave de esa voz que se confundió con el oleaje le llegó al cerebro. Al volverse y quedar frente a Céline, los nervios después de tanto sermón endurecieron su gesto.

—Estás aquí... —murmuró.

—Siento el retraso —dijo ella sonriendo con timidez—, no he podido correr...

Céline bajó la mirada hacia sus tacones negros. Enmudecido, él tragó despacio al recorrerle de un vistazo inapropiado las piernas que se adivinaban sedosas, interminables y bien torneadas, al pasear con ojos admirados su silueta de bailarina y la redondez de sus senos. Sin pretenderlo, logró sonrojarla.

—Eres bella —afirmó. Decirle que estaba guapa habría sido gentil, pero una banalidad cuando podía jurar que no necesitaba ropa ni adornos—. ¿Te apetece ir a algún sitio en especial? —le preguntó tras un breve silencio.

—No, estar contigo ya es especial para mí.

Louis se relajó de inmediato. Era directa, sincera, y acababa de llevarlo al paraíso.

En menos de cinco minutos salían de Casablanca en dirección al norte, al pequeño pueblo de El Mansouria. La estrecha carretera costera empezó a difuminarse en la lejanía recortada por el mar y parajes casi desérticos salpicados por palmeras combatientes al viento.

—Antes me has dicho que estar aquí ya era especial para ti —comentó Louis—, ¿te gusta el riesgo?

—No, preferiría ser libre para tomar mis propias decisiones sin que afectasen a nadie más; pero no puedo por... —Céline esbozó una ligera sonrisa, apenada—, es mejor que no lo recuerde, tú estás en la misma situación —concluyó, aunque pensara que siendo hombre no fuese cierto.

—Entiendo que tu matrimonio no va bien —tanteó.

—Tanto como el tuyo, de lo contrario creería que eres un mujeriego y que pretendes engrosar conmigo tu lista de conquistas.

—No soy mujeriego —habló sin mirarla—, por tanto, no hay ninguna lista ni la habrá nunca.

—No ha sido mi intención ofenderte, Louis.

—No lo has hecho, pero quiero que lo tengas claro. —Hizo una pausa, calibrando sus siguientes palabras—. Porque sí pretendo conquistarte.

Céline volvió la cara hacia él, dedicándole una mirada enigmática.

—Es una pretensión lícita, aunque de momento tendrás que conformarte con mi amistad.

Continuaron charlando con sinceridad, incesantes. Sus expectativas intactas entre buen humor para recobrar la excelente química que los acercaba de manera relajante.

Cuando llegaron al pueblo, Louis cambió de marcha con suavidad al enfilarse

sinuosas callejuelas encaladas. El Aston Martin rodaba lentamente entre casas humildes, con la visión al fondo del puerto pesquero, diminuto y abrigado por la bahía. Céline prestó atención a las manos de él, acariciaban el volante con firmeza y mimo, pensando en el placer de conducir. No dudó que disfrutaba, y le envidió un poco por tener una oportunidad impensable para ella.

Diez minutos después, paseaban por el muelle sin cruzarse con nadie. Solo vieron a un hombre sentado en una silla cochambrosa, era corpulento, parecía estar pescando, pero cuando pasaron por su lado vieron que dormía. Al roncar como un elefante la chilaba doblaba su tamaño, y apretaron la boca para no interrumpirle a carcajadas.

—¿Dirías que es feliz?

Ella tardó unos segundos en responder:

—Sí, creo que la felicidad está en las pequeñas cosas que nos dan placer, son momentos —comentó, recordándolo mientras conducía—. Y él, desde luego, ahora está disfrutando.

—A veces pienso que las personas tendemos a complicarnos la existencia de forma absurda. Buscamos ideales que no existen más allá de nuestros sueños y eso nos hace desgraciados.

—¿Te consideras desgraciado?

—Cobarde me define mejor.

Céline esbozó una sonrisa tibia, compasiva, en total sintonía con él. Una voz en su

interior le decía que ese hombre y ella eran dos gotas de agua. Palpaba la conexión desde el instante fugaz que sus caminos se habían cruzado.

Anduvieron sin dar coga al silencio, ávidos por explorarse con la curiosidad de los aventureros intrépidos. Louis estaba abriéndole su corazón de frente, atraído por una fuerza misteriosa que le llevaba a no ocultar esas miserias de su matrimonio que ni siquiera se había atrevido a contar nunca en voz alta.

—Sentirte prisionero es lo peor que puede ocurrirle a nadie.

—Es muy triste —dijo ella, sopesando que en su caso las humillaciones y las palizas todavía eran peores que cargar con una esposa indeseada por evitar escándalos. Louis se casó con Helen tras dejarla embarazada, tras varias citas y sin conocerla; pero no sufría vejaciones continuas ni soportaba a alguien decrepito que le diera asco—. Una de las cosas que me ha hecho aceptar estar esta tarde contigo es salir de mi celda. Cuando pasas mucho tiempo a merced de personas dominantes consiguen arrebatarte la voluntad, se meten en tu cabeza y te anulan...

—¿Tu marido es así?

—Peor.

Al escucharla, Louis sintió remordimientos.

—No me gustaría que hoy tengas problemas por mi culpa.

—No te preocupes, sé cuidarme —comentó, recordando que llevaba más de un día sin ver a François. Siguiendo su bonita costumbre tras darle una paliza, se había esfumado en la tienda de antigüedades. Gracias a eso, había podido engañar a su

madre para salir diciéndole que la modista la había llamado para probarse un vestido. Al cabo de unos segundos, volvió a hablar—. He tomado una decisión con respecto a mi vida: vivir. Cuando anoche leí tu tarjeta fui feliz. No solo porque me apeteciera conocerte mejor, sino porque de repente tenía la posibilidad de hacer lo que yo realmente quería hacer sin darle cuentas a nadie. Podría mentirte diciéndote que esto no tendrá consecuencias para mí, si se entera mi marido las tendré aseguradas; pero no me importa porque por primera vez soy la que decide donde estoy y con quién.

—Para mí no es la primera vez que estoy en algún lugar con alguien por decisión propia, pero sí es la primera vez que estoy donde y con quien quiero estar.

—¿Te das cuenta de la de cosas que tenemos en común? Me siento un poco abrumada.

—Pues no hemos hecho nada más que empezar —le dijo simpático, con matices seductores—; imagina todo lo que nos queda por descubrir, adónde podríamos llegar juntos.

—Pensaba que había perdido la capacidad de soñar, pero no hay nada mejor que rodearse de soñadores para volver a sentir la magia de la esperanza. Gracias, Louis; eres como un faro dentro de mi oscuridad. Ayer estaba abatida dando vueltas sin encontrarme, echándome de menos y sin ilusiones, y ahora, gracias a ti —le repitió con una sonrisa amplia—, estoy disfrutando de mi vuelta, de un momento feliz a tu lado... sin desagradables ronquidos —añadió bromeando.

—¿No te gustan los ronquidos? —le preguntó con cara de asombro—. Pues es una faena...

—¿Por qué?

Louis rio como un niño travieso, rendido a la inocencia. Se inclinó un poco sobre el oído de ella, y le habló en un susurro:

—Porque vas a sufrirme.

El sonido de esa voz tan cerca de su piel logró erizársela. Durante un breve fragmento de tiempo, la intensidad de sus miradas frenó el aire que azotaba el muelle y lo detuvo todo menos el interés de aventurarse en ellos mismos. Desde la noche anterior se atraieron con una potencia fulminante, ambos fueron conscientes de quedar prendados el uno del otro en un suspiro y sin reparar en los costes que se jugaban. Y en aquel segundo fugaz, con el deseo arremolinado entre sus cuerpos empujándoles a lanzarse al precipicio de lo prohibido, aun mantuvieron la cordura amansando la excitación. Fue un ejercicio de voluntad extrema para Louis, que se habría arrojado a esa boca sensual sin vacilar; y el acicate perfecto para Céline al confirmar que no era una conquista.

Aspiraron el aroma de sus alientos con la misma honestidad que se habían contado sus vidas, respetuosos. Ante la fuerza descomunal que estaba uniéndolos, la cautela les incitó calma. Tenían la certeza de no dejarse escapar.

Capítulo 3

Casablanca, 5 de enero de 1954

CÉLINE RECORRÍA LAS laberínticas calles de la Medina intentando controlar con la vista a cualquier persona que pudiera conocerla. Ni siquiera las voces de los comerciantes ni las fragancias del denso aire lograban apaciguarle los nervios. Las palabras de Louis resonaban en su cabeza: “Un buen camuflaje se basa en confundirse con el entorno. Rodeados de gente seremos invisibles. Confía en mí, nadie va a vernos; y si alguien nos ve, no podrá sospechar nada”. Hablar era fácil, pensaba ella; pero bien diferente a transitar por los dominios de François para verse con un hombre. Aunque no tuvieran ninguna relación íntima, deseaban tenerla, y aunque su marido no supiera el alcance, podía imaginar cómo aliviaría los celos. No era alentador.

Dobló la esquina de un callejón casi siniestro, por ahí los franceses no pasarían ni muertos, con apenas medio metro de anchura era una ratonera, y aligeró sus andares sin levantar mucho la cabeza.. Llevaba un pañuelo claro para sentirse un poco más segura, de forma ingenua y hasta infantil.

Al pasar por delante de un sombrío zaguán, notó un violento tirón en la mano que la llevó de bruces a la solidez de un torso masculino. Habría gritado, pero el miedo se disipó velozmente ante la figura de Louis.

—Me has dado un susto de muerte.

Céline tenía los ojos abiertos de par en par, ignorando el impacto de él deslumbrado por una luminosidad cerúlea que creyó irreal.

—Lo siento, ¿estás bien? —preguntó al darse cuenta de su brusquedad.

—Sí, ahora sí —respondió, con ganas de rodearle el cuello con los brazos para apaciguarse—. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Ahora lo verás —le dijo animoso, sujetando su mano al guiarla dentro de otro pasaje más ancho—; es una sorpresa.

—No me gusta esta zona, Louis, la tienda de mi marido está muy cerca.

—Lo sé, lo he tenido en cuenta.

Con François en la cabeza, ella no tuvo otra opción que seguirlo por esa calle sin salida. Era imposible coincidir con nadie de frente, y caminaba segura al ir de su mano.

Al fondo había una tapia de madera por donde sobresalían arbustos tan decadentes como la destartalada puerta que Louis desplazó hacia atrás sin aparente esfuerzo. Con una ligera reverencia, le cedió el paso. Sonreía.

Ella dudó un instante pendiente al brillo alegre de sus ojos. Le parecía un niño

cometiendo alguna travesura.

Luego, en cuanto traspasó al interior del patio salvaguardado por la vieja tapia, no pudo dar crédito al vergel que contemplaba con la boca medio abierta.

La espesa vegetación, entre higueras, groselleros dorados y jazmines, la dejaron atónita. Tan obnubilada, que no escuchaba el trinar de los pájaros ni veía la típica casa árabe oculta tras los árboles.

Louis metió las manos en los bolsillos de su pantalón oscuro sin quitarle la vista de encima.

—¿Qué te parece?

—Un pequeño oasis —respondió Céline, aspirando la fragancia pronunciada a clavo y vainilla. Fijó los ojos en la nívea casa de una sola planta y apretó la frente al encarar los ojos negros de él. Sin duda, Louis estaba disfrutando de su reacción. Se acercaron a la fachada. A pesar del abandono del jardín, la casa mostraba buen aspecto y era grande. Le gustaron los arcos con intrincadas yeserías. Al lado de una puerta de madera oscura bellamente decorada, vio una inscripción en árabe: “سحر”—. ¿Qué significa?

—Sahar, magia —respondió satisfecho.

—¿Y vive alguien?

—Nadie —contestó y, al verla confundida, agregó—. La he alquilado, ¿quieres entrar?

Céline tragó lentamente. Podía suponer cuál era su intención, incluso deseaba

compartirla, aunque le resultó precipitado.

—Sé que estoy dándote pie a... —vaciló, no hallaba una manera sutil de decirle que no podía haber nada más que una buena amistad entre ellos—, ya me entiendes... Pero no me parece apropiado...

Louis la vio tan apurada que se sintió mal, cuando llevaba descentrado varios días solo pensando en ella.

—Si tu temor es que mantengamos relaciones, puedes estar tranquila. Ocurrirá lo que tú quieras que ocurra —comentó, dándole el poder absoluto—. La he alquilado para tener un sitio apacible donde poder vernos de vez en cuando, como un oasis en medio del caos. Me dijiste que en tu casa te sentías prisionera, más o menos como me siento yo en la mía, ¿no te apetece poder estar en un sitio donde puedas ser tú misma? —Sacó del bolsillo una llave y se la ofreció—. Puedes venir cuando quieras, conmigo o sin mí, tú decides.

Céline no era capaz de moverse, impactada por el detalle más bonito que jamás nadie había tenido con ella. Louis la había escuchado, y acababa de golpearla con un rayo de esperanza lleno de ternura.

—Me encantaría compartirla contigo —dijo en voz baja.

Él arqueó la comisura de los labios, contento, y en un gesto milagroso alzó un poco más la llave para hacerla oscilar ante ella.

Esbozando una sonrisa espléndida, Céline la cogió sin apartar la vista de sus ojos. En ellos intuía respeto, un deseo cautivador y, por encima de todo, la misma alegría

que la embargaba.

En apenas diez días estaba haciendo cosas impensables, actos arriesgados, o estremecedores cuando se veía vulnerable en su casa; y sin embargo, al lado de Louis todos esos miedos carecían de importancia. Él estaba guiando el despertar de su parte adormecida, esa parte de ella misma que se había diluido entre luctuosas tinieblas al casarse con un tirano, y la persuadía de manera natural sin imposiciones pero con la facilidad de una corriente de agua llevándola derecha a sus redes. Le bastaba mostrarle la tentación de volver a soñar, de ser libre, y eso era irrechazable para alguien como ella. Llevaba tanto tiempo harta de su existencia que su vida se le hacía pesada, los lujos eran absurdas banalidades cuando el tedio se había apoderado de su alma y un profundo tormento la empezaba a convertir en su propia sombra. Jamás compartiría con Louis sus peores momentos, cuando se quería evaporar para dejar atrás la perezosa lentitud del tiempo, los malos ratos en su jaula de oro. No, nunca lo sabría. Le dedicaría su mejor yo, esas verdades calladas durante años bajo una aparente tristeza.

Notaba la alegría dominando sus manos cuando al cruzar la fila de arcos Louis la instó a abrir la majestuosa puerta de madera. Detrás había otro patio, con un pequeño estanque cuadrado en el centro y rodeado por una galería de columnas de mármol.

El rumor del agua acompañó la voz de Louis al contarle que esa casa era de un acaudalado comerciante marroquí. El hombre se había mudado a Fez, la tenía cerrada porque ningún extranjero quería vivir en esa zona deprimente y pocos convecinos podían permitirse alquilarla.

Una vez en el interior de la casa, Céline no dejó de maravillarse al contemplar una estancia amplia con la techumbre de madera y diferentes inclinaciones. Sus ojos paseaban entre intensos añiles, rojos o los dorados de las paredes llenas de detalles islámicos, unos almohadones con ornamentos de oro y plata, la alfombra persa que ocupaba gran parte del suelo o la mesita hexagonal para el té.

Bromearon acerca del aire recargado, aunque inspiraba refinamiento y, por qué no: magia. Céline acarició los satenes y brocados que recubrían las paredes sin dejar de pensar en la sensualidad de su tacto.

—Me encanta cómo se deslizan las manos, ¿a ti no?

Sonrió cuando Louis hizo lo mismo.

—Es una maravilla; pero todavía no has visto lo mejor.

Ella supuso dónde iba a dirigirla, y acertó: el dormitorio principal. Predominaban las panorámicas del vergel y el estanque a través de una celosía con pesadas cortinas. Se centró en eso porque no fue su intención fijarse demasiado en la gran cama con dosel que había en el centro. Le pareció de una estética bellísima, incitante para los sentidos con esos terciopelos y sedas. Todo en esa estancia estimulaba la sexualidad.

Louis mantenía un grato silencio, y le ahorró el bochorno.

La condujo al cuarto de aseo, de mosaicos vidriados, y volvió a maravillarse contemplando la piscina bajo una bóveda, columnas con arcos y un baño de vapor. La luz de nuevo entraba tamizada por otra celosía. Descubrió varios candiles de forja en el suelo y de manera automática se imaginó desnuda dándose un baño, oliendo a

aceites fabulosos mientras las velas reflejaban misteriosas formas en las paredes. Pudo verse disfrutando.

—Vendré todos los días —comentó emocionada—, buscaré el modo de hacerlo sin levantar sospechas, tienes mi palabra, lo haré —recalcó más para sí misma que por satisfacerlo a él.

—No hace falta que me la des, sé que lo harás.

Louis sintió la necesidad de besarla, y se reprimió por no contradecirse. Entonces, ella sonrió con esa timidez irresistible. Podía arrastrarlo como un poderoso imán, y se acercó un poco más. Cuando quiso darse cuenta estaba inclinando la cabeza hacia sus labios y le sujetaba la cara con suave firmeza. Fue un beso delicado, una advertencia indecisa.

El breve contacto dejó a Céline absorta. Ni siquiera pudo abrir los ojos al advertir la pérdida de calor.

—Cuando quieras repetir, házmelo saber —dijo Louis aun demasiado cerca.

Ella notó en la piel la vibración de su voz.

—Por hoy has cumplido con creces mis expectativas, gracias por hacerme feliz.

—Gracias a ti por aparecer en mi vida, ahora tengo un buen motivo para volver y pasar aquí la mayor parte de mi tiempo libre.

Céline le rozó la mano, y él se la llevó a los labios sin romper la conexión de sus miradas. Así sellaron la promesa tácita de verse en secreto en ese oasis que ponía al alcance de sus manos el privilegio de sentirse libres.

Capítulo 4

Casablanca, 26 de enero de 1954

EL PORTAZO QUE DIÓ Louis al salir de su casa resonó terrorífico. No estaba siendo un buen día para él ese martes desapacible por el fuerte viento. Solo había un lugar donde despejarse, el que llevaba frecuentando la última semana sin la fortuna de coincidir con Céline. Tenía la certeza de que ella seguía yendo —había libros en el salón, una caja de té negro, una planta de hierbabuena, dos tipos de café y hasta una botella de Cardhu, que supuso era para él y no dudó en estrenar—, y mala suerte al hacerlo en diferente horario al de él.

Durante las dos primeras semanas coincidieron en sincronía sin ponerse de acuerdo, pasaron tardes enteras hablando de sus vidas mientras respetaban el límite de la amistad. Eran dos charlatanes consumados con ganas de compartir sus íntimos anhelos. En esos encuentros ninguno mencionó los problemas de sus matrimonios para hacer del oasis un verdadero refugio donde sentirse a salvo. Recordar a sus parejas era absurdo cuando estaban condicionados aun fantaseando como personas libres.

Louis no dejaba de pensar que a Céline la cohibía con él temer las represalias de

François y su madre; ambos ejercían un control sobre ella que le desesperaba. Después de haberla besado creyó que no tardaría en rendirse, y trataba de ser consecuente consigo mismo, le había dado el poder de decidir cuándo avanzarían y estaba cumpliendo, aunque en la espera ardiera deseándola o se viese forzado a agonizar como un mártir incomprendido.

Durante aquellos encuentros llegó a creer que ella no era consciente del derroche de fuerza de voluntad que hacía por no contradecirse y tomar la iniciativa de volver a besarla hasta arrollarla con la pasión acumulada a lo largo de un mes que había transcurrido a velocidad infernal. Sonrió pensando en el día que pudiera estallar. Incluso se animó viendo la panorámica del mar en el horizonte con la sensación de que esa tarde cambiaría su suerte; o, al menos, tenía muchas posibilidades de que así fuera gracias a la nota que dejó en la mesita donde tomaban el té recostados en los almohadones como auténticos musulmanes.

Al recordar esa estancia digna de un jeque, le echó un vistazo al Rolex, llegaba muy tarde, y aceleró el paso bajando la pendiente de su elegante barrio con las murallas de la Medina en la distancia.

Maldijo haber caído en la trampa de Helen para acabar discutiendo por una tontería, otra más; y la sequedad con que había tratado a su hija cuando se echó a llorar pidiéndole que no se marchara. No le gustaba pagar su malhumor con la niña, todavía no había cumplido siete años y no era responsable del carácter voluble de su madre, pero no soportaba unas rabietas absurdas provocadas por las ideas peregrinas que Helen le metía en la cabeza. Pensaba que Cosette lloraba tanto por llamar su

atención o ablandarlo, ilusamente albergando la idea de conseguir su propósito dándole lástima al imitar el comportamiento de la madre. Sin duda, por esa vía estaba condenada a fracasar mientras siguiera casado con Helen. Se repetía que prolongar ese matrimonio era ridículo, estaba condenado sin remedio; aunque todavía le resultaba inviable vislumbrar el final del periodo más aciago de su vida, una suma de errores capaces de destrozarle la salud mental.

* * *

Céline había llegado a Sahar después de comer y terminaba de tomarse un té, pensando en otra amabilidad que le permitiera disfrutar de esos ratos apacibles. Así decidió probar el baño de vapor.

Cogió una caja de cerillas antes de dirigirse a la estancia más fresca de la casa. No dejaba de pensar que a Louis le habría surgido cualquier imprevisto en la Comandancia Militar para faltar a su propia cita. No le encontraba sentido a que el día anterior le hubiese dejado una nota asegurándole que llegaría a las tres y, en aquel momento, a las cinco, siguiera sin dar señales de vida.

Comprendía que últimamente no hubiesen coincidido por cuestión de sus obligaciones, porque era innegable que Louis frecuentaba la casa —podía decirse que no rozaba el virtuosismo ocultando las colillas de los cigarros o retirando el vaso del whisky que parecía ser todo un acierto y disfrutaba en soledad—, y estaba muy decepcionada. Se jugaba demasiado inventando coartadas con su madre y por defecto con François para ni siquiera tener la suerte de pasar un rato en su compañía.

De nuevo, esa tarde había echado mano de la modista. Madame Martel, con su

ajetreada vida social, apenas le prestó atención. Y François, durante aquellos días y de manera extraordinaria, seguía implicado en un negocio importante para él con un marchante de arte parisino y le regalaba la mejor de las ausencias.

Pensaba explotar a todas sus amigas del colegio, sin abusar; con llamarlas y acordar citas que después incumpliría era suficiente; ni su madre ni François tenían relación con ellas y de coincidir ninguna la traicionaría, contaba con la compasión de todas. Y no descartaba inventarse alguna labor humanitaria en el orfanato, o casa solidaria, porque orfanato lo que se entiende como tal era subirle demasiado la categoría, de la Iglesia de San Francisco que había camino de la Medina. Aunque no colaborara de manera activa, siempre podía engatusar a Ouarda para que le preparase algunas comidas que donaría en parte. Sin pretenderlo, la mora contribuiría a que ella y Louis comieran decentemente.

Contenta por las ideas que saturaron su mente con un sinfín de escenas cotidianas con él, llegó al baño escuchando el rítmico discurrir del agua. En esa habitación la penumbra recreaba los haces de luz en la superficie de la piscina, la humedad traspasaba los muros, había incluso eco entre las columnas. Encendió los cuatro candiles que había en las esquinas de la piscina y, gracias a la información que le sonsacó de forma disimulada a Hadou, el marido de Ouarda, no le costó mucho esfuerzo abrir la trampilla del depósito de la leña que había bajo el suelo del baño turco. Bajó por una escalera resbaladiza hasta la sala de la caldera. Olía a barro y a fragancias aromáticas, quizás de la madera, y le sorprendió ese olor. Había pensado que ese cuarto de aspecto casi sórdido, al estar bajo tierra, tendría un olor diferente, y

le resultaba una aroma agradable. Aspiró hondo varias veces. Tampoco tuvo incidencias al prender el fuego. Pronto se expandió aire caliente por la chimenea a través del muro.

Cuando regresó al baño, una neblina ya lo velaba todo. El suelo de mármol ardía y, siguiendo el consejo de Hadou, vertió dos cubos de agua que rápidamente humedecieron la atmósfera.

Se quitó la túnica blanca que solía llevar cuando estaba sola y se tumbó en el suelo con una toalla bajo la cabeza. En unos minutos se relajó tanto que olvidó a su familia y problemas, solo recordaba la decepción de estar sola en el paraíso. A los veinte minutos, no fue capaz de aguantar la sofocante humedad y encaminó sus renqueantes pasos a la piscina. Parecía andar ingrávida.

Al meterse en el agua, helada, el contraste de temperatura le provocó escalofríos que creyó irresistibles; en cambio, al cabo de unos instantes agradeció sentir cómo revivía. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás para empaparse bien el cabello con intención de embadurnárselo con agua de rosas. Ausente, o con los sentidos tan relajados que se evadió por completo de cualquier sonido, sonreía aspirando por la nariz sin reparar en el movimiento de sus senos. Tampoco reparó en dos titanes oscuros a punto de salirse de las órbitas.

Louis acababa de aparecer con la esperanza de no haber llegado demasiado tarde, pero ni soñando cien años seguidos habría imaginado encontrarla rozando la perfección absoluta, la más húmeda y bella perfección absoluta. Fue un placer verla. Se quedó impactado sin apartar los ojos de su cuerpo, aunque hubiese querido hacerlo

había olvidado cómo moverlos. Cuando logró coordinar dos pasos sin perder el equilibrio, se acercó al borde de la piscina. Deseaba zambullirse para nadar entre azules hasta terminar ahogado por la lujuria.

Aflojándose el nudo de la corbata, llegó a unos metros de ella.

—Bella —susurró. Desde el primer día supo que la ropa y los adornos le sobraban. Céline abrió los párpados, y pareció asustada; pero fue un momento; esbozó una sonrisa lenta que le resultó invitadora—. Te veo fantástica, no sabes cuánto me alegro.

Ella amplió la sonrisa, mostrando una dentadura blanca alineada y radiante. No sintió pudor ni ninguna emoción que limitara su derecho a elegir a quien le enseñaba el cuerpo, a quien no se lo ocultaría porque la empujaba hacia él sin coartarla. Por supuesto, con la certeza de que ya no le quedaba ninguna marca de la última muestra de “amor” de su marido.

—¿Piensas quedarte ahí fuera mirando? —preguntó al advertir que él no tenía intención de desnudarse y acompañarla.

—Si entro, no voy a tener voluntad para salir.

—Tú decides —resolvió, dándose la vuelta.

Louis tardó en procesar la oferta lo que ella en echar la vista atrás con aire desafiante. Se desnudó con un poco de torpeza, acelerado por las expectativas, y tuvo un segundo de vacilación antes de quitarse los calzoncillos. Pero el examen de ella a su cuerpo, entre curioso y admirado, lo animó a darle una visión frontal que la llevó a

guardar la respiración. Sin pretenderlo, le envió una descarga de audacia para meterse en el agua con la prepotencia de un macho alfa pavoneándose.

Céline permaneció inmóvil, era la primera vez que tenía delante a un hombre joven espléndido: torso ancho con un poco de vello ensortijado y oscuro, menguante hasta la cintura, genitales en toda su plenitud y piernas fuertes tan fibrosas como sus brazos. Le pareció magnífico. Solo la tersura de su piel morena era una tentación, incomparable a la cenicienta de François. Nada de ellos podía medirse por igual, nada con ellos sería igual.

—¿Estás segura de esto, Cel?

Contenta al oírlo llamarla por su diminutivo, a un palmo de él y sintiendo sus manos acercándose, espiró por la boca al asentir. Habría sido absurdo tratar de parecer recatada a esas alturas después de quince días intimando a un nivel casi superior al sexual, cuando desde su primera cita él le había dejado claro que su intención era conquistarla o desde que aceptó compartir esa casa que podía considerarse su refugio para el amor. Evitar lo que deseaba no fue una opción, viviría plenamente. Con Louis estaba despertando su personalidad osada de una forma temeraria. Ese lado que en aquel preciso momento la convirtió en sirena entonando melodías seductoras.

Louis dejó de buscar respuestas para atraparle la cintura, y quedaron pegados. Se miraban a los ojos con un brillo perverso. Esa manera de verse más allá se grabó en sus retinas como la primera mirada que se dedicaron en el hipódromo, o el primer beso. Todo parecía destinado a un lugar de honor en sus memorias.

—Te deseo tanto que tengo palpitaciones —le dijo Louis, desalmado por el roce de sus senos.

—Y yo —susurró—, tanto que ardo por ti.

Después de provocarse, sin duda deseosos de lo que iban a hacer y, sin ningún tipo de dudas, conscientes de llevar evitándolo desde la misma noche en que se conocieron, empezaron a devorarse con una avidez mezcla de impaciencia y delirio.

Luego, estar en la piscina a Louis le resultó incómodo y le susurró continuar en aquel dormitorio de ensueño donde sus sentidos nadarían entre sensuales sedas y finos satenes. Céline aceptó sin pensar, como recorrió la casa en sus brazos dejando un reguero de agua en el suelo sin parar de reír ante otra ocurrencia impulsiva que casi termina en percance gracias a la alfombra del dormitorio.

Al cabo de un rato, Louis creyó imposible sentirse mejor venerando el cuerpo esbelto de Céline. Había soñado hundirse en su interior en aquel entorno que invitaba a la sensualidad, pero no estaba preparado para recibir un bofetón de realismo de ese calibre. Amarla lograba darle la vida mientras rayaba la locura. Fue incapaz de dominar sus intrépidas manos al acariciarle la pálida piel, habían tomado la iniciativa de sus propios movimientos sin responder al sosiego que se reprochaba; era un vicio adictivo.

—Estoy hecho un salvaje —dijo resollando—, perdóname.

Ella no pudo hablar, gemía aturdida por la desbordante pasión que se adueñó de sus actos. Necesitaba profundidad y le apretó las nalgas con fuerza, jamás había

sentido un instinto tan apremiante; Louis era su placer, y lo quería todo.

El fervor fue tal, que no se dieron por satisfechos hasta oír la llamada del almuecín a la penúltima oración. Rondarían las ocho y media de la tarde.

Al escuchar la lánguida melodía mística y cansina, Céline cayó en un pozo de desazón que borraba de golpe cualquier muestra de romanticismo.

—Es muy tarde —comentó abandonando la cama. La penumbrosa luz que las celosías dejaban pasar avanzaba en forma de haces dorados medio nebulosos, podía verse dentro de ellos una danza de partículas. Empezó a vestirse sin prestarle atención a Louis, sabía que estaba con la espalda apoyada en el cabecero de la cama, observándola fijamente. Debía darse prisa para regresar a su casa antes de que lo hiciera François—. ¿Vendrás mañana?

—Sí —respondió de manera automática, con la mente en la charla que necesitaba tener con el capitán Lacombe de la Comandancia para pedirle un favor—. Traeré varias cajas de preservativos, así evitaremos meternos en problemas mayores.

Ella le echó un vistazo de asombro, y se acercó recogiendo el cabello sobre un hombro para que le subiera la cremallera del vestido.

—¿Dónde los compras?

—Pues de momento en ningún sitio —respondió tras darle un beso en la espalda, ajeno a que sus labios habían rozado una porción de piel hasta apenas dos días mucho más oscura por la ignominia—. Tengo pensado hablar con un compañero capitán que viaja con frecuencia a Londres, varias veces me ha comentado que usa unos de la

marca Durex, dice que son efectivos y cómodos para nosotros. Mañana lo comprobaremos.

—¿Hablas de esas cosas en el trabajo?

—Sí —contestó por recrearse en su inocencia—, mañana toda la comandancia sabrá que estoy con una rubia explosiva. ¿Te importa que lo cuente?

La cara de ella estaba mudada por la incomprensión. Pasó al enfado en una ráfaga.

—No soy rubia y te prohíbo que me menciones en voz alta.

Él se delató al mover el pecho conteniendo la risa.

—Cariñosa eres un ángel, pero enfadada te conviertes en una diablesa peligrosa —comentó yendo a su encuentro, desnudo indecoroso, sin quitarle los ojos de encima. Parecía una niña pequeña que acaba de descubrir un paquete de regalo vacío. Le rodeó la cintura con los brazos, y le alzó la barbilla con tierna suavidad—. Tú y yo, siempre solos, siempre, Cel. Estaba bromeando, no te disgustes, por favor.

—Pero... ¿y los preservativos?

—Por desgracia, estoy casado. Le haré creer que no queremos tener más hijos, no te preocupes.

Esa voz solvente la convenció. Le dio un beso breve en los labios por despedirse, aunque él no tenía interés en soltarla.

—Estaré aquí sobre las doce —comentó ella, recordando que si no salía de su casa antes del almuerzo ya le sería imposible—. Mi madre ha invitado a comer a sus amigas, entre ellas creo que está tu mujer.

—¿Y prefieres perderte esa reunión por mí? Yo no sé si lo haría por ti...

—Quizás no. —Sonrió con malicia—. Y podría decirle a tu mujer con quien pasaré la tarde... —murmuró antes de repartir besos por los lunares que tenía en el hombro derecho formando el símbolo del infinito—. ¿Cómo lo ves?

—Tan acertado como has visto tú que hable con mi compañero —le dijo de buen humor, sucumbiendo a perderse en sus labios—. ¿Comemos juntos? —preguntó al apartarse tras hacer un esfuerzo de voluntad.

Los ojos de Céline brillaron ilusionados, no había nada mejor que tener esperanza en ellos dándoles normalidad y sorteando esas trampas de sus vidas que les ensombrecían. Ambos estaban de acuerdo en transgredir unas normas sociales que los habían convertido en adúlteros sin medir el secuestro al que les sometían sus parejas. Helen chantajeaba emocionalmente a Louis amenazándolo con privarle de su hija si la dejaba a ella, y François usaba la vía del miedo y la fuerza para mantener a Céline bajo su yugo en connivencia con la señora Martel. Sabían lo que se jugaban y asumieron el riesgo con la única idea de hacer impenetrable a los demás su relación. El amor que empezaba a fraguarse entre ellos les generaba confianza para dar un nuevo significado a la palabra clandestinidad.

Capítulo 5

Casablanca, 27 de enero de 1954

UNA GRATA SENSACIÓN de osadía embargaba a Céline tras mentirle a madame Martel con la soltura de toda una profesional. No se amilanó ante los argumentos de la mujer, aludiendo a la educación y el respeto hacia sus invitadas ni vaciló cuando la impotencia guió sus palabras a veladas amenazas. François había tenido que marcharse precipitadamente a París, por ese negocio ineludible que le reportaría engrosar un poco más su ya abultada cartera; y, ausente, ninguna represalia de su madre lograría variarle los planes.

Salió del dormitorio poniéndose un pañuelo estampado en la cabeza, había elegido la ropa con sumo cuidado para no levantar sospechas, se dirigió a la cocina y entró con decisión a abordar su prueba de fuego. Ouarda estaba metiendo una olla grande en una bolsa de tela, emanaba el apetitoso aroma del cuscús. Al verla, sonrió satisfecha. Se fijó en el rostro anguloso de la mujer que rondaba los sesenta años y en sus manos morenas, las movía diligente al empezar a echar la sémola de trigo recién cocinada en una fiambreira.

—Espero que sea suficiente... —le dijo Ouarda sin mirarla—. Al menos, hoy no pasarán hambre.

—No, Dada —habló en un tono donde no se intuía rastro alguno de malicia—. Vamos a hacer felices a un montón de niños, ¿no te parece maravilloso?

—No sabía que hay tantos huérfanos —dijo la mora. Sus expresivos ojos negros bien remarcados con el polvo oscuro que usaba para delinearlos no supieron disimular su extrañeza—. ¿Y todos son marroquíes?

—La mayoría, aunque más que huérfanos son pobres. En la iglesia les procuran alimentos sin tener en cuenta su religión.

—Qué gran detalle —soltó irónica—. A ver cuándo los consideran franceses...

—Dudo que eso suceda nunca, sabes tan bien como yo que para muchos europeos son ciudadanos de segunda.

—Algún día nuestro sultán regresará del exilio al que lo han obligado —habló con reproche refiriéndose a Mohamed V—, y todo esto terminará. Nosotros no podemos soportar esta represión ni la violencia del ejército, ni vosotros resistiréis la ira de Alá. Nadie más que el pueblo debe tener potestad para elegir a su líder, y nosotros no queremos malvivir bajo este protectorado que solo nos ha traído desgracias.

—Lo sé, Dada, y os apoyo porque detesto las imposiciones. No hay nada mejor que tener el albedrío de elegir —comentó con el semblante entristecido por su situación personal—, pero nos toca ser pacientes. Como tú siempre dices, Alá

proveerá.

—Eso espero, ma fillete chérie. Anda, no te entretengas más o a esos pobres niños les llegará la comida helada.

Céline agarró la bolsa de tela que le tendía, le dio un beso en la mejilla y salió manteniendo la frialdad. Recorría el patio con un leve remordimiento, pero en cuanto abrió la verja, pintó una sonrisa de plena alegría ante lo bien que le había salido esa jugada.

Al doblar la esquina, todavía risueña, de golpe se quedó de piedra. No esperaba toparse de frente con Helen Fournier. Trató de disimular su asombro, incómoda bajo el escrutinio del azul profundo que recorría su cuerpo de arriba abajo.

Helen miraba su sencillo vestido, un modelo blanco con la abotonadura en el pecho, sin lograr que ella moviera los ojos hacia su apariencia tan a la moda floral del momento. La detestaba. Se centró en ese rostro pálido maquillado hasta el último resquicio de piel, excesivo para una comida entre “señoras”. Helen era atractiva, de estatura media y cuerpo delgado, y tenía el cabello castaño peinado en ondas perfectas. Todo en ella resultaba demasiado medido, como la puesta en escena de una gran embustera. Eso pensó Céline, quizás sugestionada al creer que no merecía un hombre como Louis mientras ella debía soportar a François.

—Madame Hubert, ¿no nos acompaña? —le preguntó Helen con su marcado acento inglés.

—Lo siento, tenía un compromiso anterior que no puedo eludir; en otra ocasión.

—Espero que no rechace una invitación a mi casa; apreciaré sus buenos consejos sobre decoración ya que tengo entendido que es usted una experta.

—No sé quién le habrá dicho eso, señora —comentó, con la intuición recayendo en su madre—, pero no es cierto. De todos modos, avíseme con bastante antelación y encantada asistiré. —Adrede, le echó una ojeada a su reloj—. Ahora, si me disculpa, debo irme.

—Claro, la puntualidad es una virtud loable —dijo con simpatía.

—Es una deferencia que denota respeto, y tenga asegurado que respeto muchísimo a la persona que me espera. Un placer verla, señora —concluyó apremiada por la antipatía.

—Helen, querida. Puede llamarme por mi nombre; madame Fournier es demasiado formal entre amigas, ¿no cree?

—No, es el apellido de su esposo; debería sentirse orgullosa.

Helen levantó el mentón, entornando un poco los ojos. No esperaba esa pulla mordaz que la descolocó. Trató de digerirla sin cambiar la expresión suave, impaciente por desaparecer. Y Céline, que compartía la misma impaciencia, inclinando la cabeza, esgrimió una sonrisa idónea que aún molestó más a la inglesa.

—Hasta pronto, madame Hubert —recalcó con malaleche. Preguntándose qué hacía una mujer como ella casada con un vejestorio como François, concluyendo que su motivación sería económica—. Intentaré avisarla la próxima semana.

Céline asintió clavándole una mirada atenta, pensando que solo había escuchado

lo que le interesaba. ¿Bastante antelación era una semana? En cambio, la apreciación sobre el apellido de Louis parecía haberle dolido y quiso vengarse al llamarla Hubert desconociendo el ínfimo respeto que llegaba a tenerle a cualquier cosa proveniente de François. Para ella era otro de los formalismos sociales que debía admitir sin que eso significara nada. Por desgracia, estaba casada con él; como un lazo físico visible a ojos del mundo; sin embargo, no había nada capaz de obligarla a sentirse unida a él porque mentalmente era libre y poco a poco volvía a esperanzarse en el futuro.

Era sensata al advertir que su arriesgado presente podía acarrearle sufrimientos calamitosos, la abatirían en la desesperación más solitaria de su vida, igual que empezaba a asumir lo que el destino le deparase al ser consciente de estar loca por Louis. Sentía el impulso irracional del deseo acelerándole el pulso cuando pensaba en él, sus caricias agresivas en la piel que sin dolor lograban incitarla a buscarlas de nuevo y para qué recordar el sabor de su esencia en la boca. Todo lo referente al sexo con Louis le copaba la memoria con la misma voracidad que se habían amado. Esa fuerza la conmovía de manera egoísta, pletórica, y era el aliciente ideal para cerrar los ojos a futuribles problemas sin dejarse acobardar por el miedo.

Notaba cómo el amor se le metía en las venas, incluso podía sentir su velocidad recorriéndole el cuerpo a modo de palpitaciones. Y eso empezó a ocurrirle con frecuencia al conocerlo, aumentó al verlo en esa maravillosa casa donde compartían mucho más que vivencias o escarbaban en sus personalidades —era donde ella tenía conciencia de reunirse con el hombre que le brindaba una libertad desconocida hasta ese momento—, y le ocurría de forma permanente desde que se fundió en ella para

enamorarla.

Rumbo a la Medina fue incapaz de alejarlo de sus pensamientos; Louis Fournier había llegado a su vida con la fuerza de un ciclón haciendo añicos su desidia, concediéndole el olvido a las penurias morales o la humillante existencia junto a François, para proyectar ante sus ojos la inmensidad de lo infinito y, sin duda, con la intención de anclarse en su corazón para siempre. Céline tenía clarísimo que Louis estaba significando una inflexión en su vida, la mejor, que habría un antes y un después a él porque sus emociones eran las más poderosas y sensibles que había sentido nunca. Siempre lo primero marcaba el alma con trazos indelebles, y, absolutamente, con él todo lo vivía por primera vez.

Capítulo 6

Casablanca, 26 de marzo de 1954

LOUIS ESTABA TUMBADO en la cama sin ánimo de levantarse, pensando en la fugacidad del tiempo cuando lo compartía con Céline. Las tardes en Sahar se habían alzado por derecho en sus mejores momentos, esos viernes eran su aliciente para salir de la comandancia corriendo; ansiaba llegar para amarla, para sentir la profundidad de los sentimientos que les unían y, por encima de todo, para ser feliz.

Llevaban dos meses raspando horas por estar juntos con la única certeza de que los viernes ninguno fallaría, y sin calibrar riesgos en sus familias al tener la convicción de no estar viviendo un romance pasajero.

Él por una parte temía que los descubrieran, el escándalo sería épico, pero también deseaba dejar de ocultarse al no considerar estar cometiendo ningún delito. En su cabeza no cabía que amar lo fuese, sin traiciones ni adulterios porque para eso deberían sentirse casados con sus respectivas parejas y ninguno lo sentía así. Aborrecía a Helen desde que se quedó embarazada de Cosette, a eso aceptaba llamarlo traición; y Céline todavía más al no haber tenido ni siquiera la posibilidad

de decidir. Ahora bien, una cosa era lo que ellos creyeran de su relación y otra muy diferente lo que pensarán los demás.

Helen por supuesto estallaría con la ordinariez que la caracterizaba y solo teniendo en cuenta sus propios intereses o los intereses que salvaguardaran su honor y le permitieran el mayor beneficio económico. Sus padres quizás fuesen algo permisivos al conocer cómo naufragaba su matrimonio desde el mismo día que lo celebraron, aunque por otro lado lo dudara y pensase que se opondrían por proteger a la niña. Respecto a madame Martel no podía suponer casi nada, era un misterio dada la escasa querencia de Céline a hablarle de ella. Pero llegaba a intuir que saltaría por los aires al haberla instigado a casarse con un hombre de una catadura moral cuestionable, al que media ciudad detestaba, al vivir bajo su techo aprovechándose de su solvente situación económica y al ignorar a su única hija para no perder la vida privilegiada que tanto parecía gustarle.

En definitiva, ese amor tan valorado por ellos dos tenía visos de enfrentarlos con sus familias y de marcarlos como inmorales en el elitista círculo social de la ciudad. ¿Serían capaces de superar todos los obstáculos que les impusieran o era más sensato dentro de lo irracional seguir como estaban sin destapar la caja de los truenos? Louis empezaba a plantearse seriamente luchar por sus intereses.

Abandonó la cama y empezó a vestirse con parsimonia, buscando las palabras adecuadas para pedirle el divorcio a Helen. Debía dar un paso al frente convencido de que Céline lo seguiría. Sin movimientos nunca habría cambios, o sin movimientos estudiados los cambios podían tornarse contraproducentes.

Cuando dejaba atrás la Medina rumbo al barrio de Anfa, la penúltima llamada del almuecín, la que anunciaba la oración del anochecer, resonó por el altavoz de la mezquita rodeando la atmósfera de misticismo. Ese espíritu le dio el empuje necesario para afrontar la discusión que acabaría su martirio.

* * *

Entretanto, Céline coincidía en la puerta de su casa con Ouarda y Hadou. Nada más ver los ojos tenebrosos de la mora, percibió su enfado y le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Ten cuidado, chérie, ha llegado insoportable y tu madre sigue en el club. No le provoques, por favor.

Céline espiró hondo, tragó despacio pendiente a la sincera preocupación de la mujer y trató de confortarla con una pobre sonrisa. De un plumazo, toda su felicidad se había transformado en miedo. Sabía que nada duraba eternamente y que la suerte que hasta ese día le había acompañado acabaría esfumándose como la neblina del amanecer. François podía parecer indiferente a sus salidas diarias, incluso vanagloriarse ante sus amistades de que era un liberal con ella, otra de las muchas falacias que le gustaba hacer creer a los demás.

Nada más entrar en el vestíbulo, la mirada de François dio a Céline una pista de que atemorizarse no sobraba. Realmente, el hombre era la personificación de la maldad. Tenía los ojos hundidos, de un azul apagado, uno más alto que otro, y al apretar la boca los entornaba hasta convertirlos en dos puntos diminutos; su sonrisa,

que era la viva expresión del cinismo al levantar las comisuras de los labios hacia arriba, a veces mostraba su dentadura amarillenta y su cara inflada por el sobrepeso tomaba el aire satírico de los insignes retratados en el barroco alemán. Su cuerpo grasiento, no demasiado alto, y sin apenas cabello, era el exponente perfecto de la falta de atractivo físico; pero lo realmente imperdonable en él era el mal genio que no sabía dominar y lo que brotaba de sus labios si no se mordía la lengua al hablar. Su habilidad para decir horrores de quien se terciara, sin diques cuando el desenfreno lo obnubilaba, llegaba al extremo de mezquindad absoluta.

Ella pensaba que la frustración por ese físico sin encanto le había ido agriando el carácter aunque no justificaba las vejaciones ni humillantes malos tratos a los que se veía sometida. Le tenía un asco visceral tan acervado como los montones de antigüedades que atesoraba en la tienda. Viejo, putrefacto.

—¿Ahora vienes? —le preguntó él acercándose.

—No han dado las nueve, es temprano. —Céline olió el aroma del aguardiente, y eso incitaba precaución—. Voy a cambiarme de ropa.

François le sujetó el brazo con una fuerza demoledora.

—Hueles a hombre —siseó a poca distancia del rostro de ella.

Céline compuso una mueca de desagrado al aspirar su aliento.

—No sabes lo que estás diciendo —habló a media voz por no despertar a la bestia—, suéltame.

—¿Qué te suelte? ¿De dónde vienes a estas horas?

—De la Iglesia de San Francisco, te he contado varias veces que voy algunas tardes a ayudar con los niños.

El brillo en los ojos de François fue la mecha que antecede a las llamas de un fuego infernal. Gritándole una retahíla de improperios, sin bajarla de puta ni embustera, usó toda la fuerza de su sobrepeso para vapulearla hasta el dormitorio. Céline no ofrecía resistencia escarmentada, era preferible soportar dos o tres guantazos a una paliza.

Esos presagios no tardaron en cumplirse. Envalentonado por el alcohol mientras los celos guiaban sus actos, le dio un puñetazo en las costillas. Por un instante, Céline no respiró. Se hizo un guiñapo para aguantar el dolor. Ni siquiera lloraba, ni pedía auxilia; de nuevo, a base de experiencias había escarmentado; nadie la ayudaría. A ese golpe le siguieron dos más. Con el último, quedó tendida en el suelo abrazándose el cuerpo.

—Espero que se te hayan quitado las ganas de todo —soltó François sonriendo—, ¡levántate! ¿O quieres recibir de verdad lo que te mereces?

—Déjame en paz, eso es lo que me merezco —le dijo al incorporarse.

Céline sentía un empuje casi irracional, como si esos golpes en vez de quebrarla le hubieran aportado la energía necesaria para enfrentarse a él.

—Jamás, eres mía —exclamó con la intención de que olvidara cualquier pretensión de abandonarlo. Céline le sostuvo la mirada y poco a poco arqueó los labios en una sonrisa leve que reflejó el enorme error de esa posesividad. El gesto

desconcertó al desalmado, nunca antes la había visto tan indiferente a los malos tratos —. ¡Me perteneces! ¡A mí!

—Eres un pobre diablo —habló negando con la cabeza, ya erguida por completo —. Acumulas posesiones que nadie quiere porque así te crees importante, te casaste conmigo porque compraste a mi madre y creíste que así te reconocerían socialmente, pero aún no has comprendido que no me posees ni lo harás nunca por más palizas que me des. Soy libre y no estoy casada contigo porque lo ponga en un papel. Pégame, humíllame cuanto quieras, y ni así te perteneceré jamás. —Céline se sintió poderosa cuando el asombro corría vertiginoso por el rostro desfigurado del viejo—. Te odié desde el día que te conocí y me moriré odiándote, eso es lo único que puedo asegurarte que te pertenece de mí, te lo has ganado a pulso.

—Esta noche voy a ganarme algo más —habló provocador, pensando humillarla con lo que más detestaba.

—Vuelve a ponerme una mano encima y te juro que uno de los dos esta noche encuentra la muerte.

François elevó las cejas, asombrado.

—Hoy estás diferente, ¿qué ha cambiado?

—Además de pobre diablo, eres un ignorante.

Al escucharla, el gesto de François se transformó en rabioso. Tuvo la corazonada de no estar equivocado y volvió a acercarse.

—Encontraré a tu amante y lo mataré, lentamente, y procuraré que lo veas, para

que no olvides quién es tu dueño.

Céline volvió a menear la cabeza con una chulería desconocida de sí misma.

—Mi amante... —dijo despacio—. ¿Cuántos he tenido desde que te casaste conmigo? ¿Crees de verdad que si tuviera un amante estaría aquí, viejo estúpido?

Entornó los ojos antes de dejarlo plantado en medio del dormitorio. Encerrada en el cuarto de baño, pensando en que le había dicho que lo odiaba cuando era mucho peor: le deseaba esa muerte lenta que él jamás le ocasionaría a Louis, esperó a que el cobarde desapareciera. Había conseguido otra tregua a costa de tres morados y de encararse con él por primera vez. Y fue una sensación muy grata, notaba aún la adrenalina en las venas. François debía estar sorprendido, y quizás, y aunque su actitud podía haber sido más beligerante para ahorrarle los golpes, reflexionaría ante una próxima vez. No había reinados eternos, ni nada duraba eternamente; se acercaba su momento.

Capítulo 7

Casablanca, 2 de abril de 1954

—CIERRA LOS POSTIGOS —pidió Céline algo envarada.

Louis, con una caja de preservativos en la mano, la observó un instante. La túnica blanca que llevaba era traslúcida a contra luz, su silueta estaba recortada en formas sinuosas que exigían atención máxima con toda la claridad posible.

—No voy a ver para ponerme esto —comentó, mostrándole la caja—, y nos moriremos de calor. —Anduvo hacia ella sin apartar los ojos del gesto compungido de su rostro. Le rodeó la cintura con los brazos, y le dio un beso en los labios por calmar la inquietud que percibía—. ¿Hoy ha vuelto la mujer pudorosa? —le preguntó bromeando—. Porque la impúdica me vuelve loco...

No fue capaz de mantenerse firme con imágenes vívidas de ella recorriendo su cuerpo con la misma pasión que él sentía cuando se amaban sin límites y completamente abducidos por la lujuria.

—Me apetece la sensualidad de la penumbra —mintió Céline por evitar explicarle el origen de los tres hematomas de sus costados—, podemos encender unas

velas...

Louis de golpe la imaginó alumbrada por las lámparas de aceite que había en el dormitorio y claudicó ante la expectativa de otra experiencia sublime.

Hacer el amor estaba convirtiéndose en lo más grato que conocía, en lo que anhelaba a diario como la imperiosa necesidad de respirar para vivir. Con ella se recreaba en la ternura, en la fiereza del deseo; la tentaba con caricias de sus manos, lengua y boca hasta lanzarse en tromba poseído por la sensación más potente que jamás había sentido. Al amarla de esa manera no era dueño de sus actos, no tenía nada que ver con el hombre altivo y seguro que todos conocían, lograba ser él mismo mientras el mundo comenzaba a desmoronarse a sus pies.

Entre la lucha por la independencia de los marroquíes, los conatos de rebelión en Argelia y su situación personal, a medida que se enamoraba profundamente de Céline tenía suficientes pistas para prever unos meses inciertos hasta encontrar su ansiada estabilidad.

Algo después, gloriosamente cansado, se quitó el preservativo sin apartar la vista de los ojos azules que le sonreían casi con timidez.

—¿Estás seguro de que son eficaces?

—Sí, la prueba la tienes en nosotros. —Louis sonrió; pero incitado por una idea que de vez en cuando le sobrevenía y atormentaba, le preguntó—. ¿Sueles tener relaciones con tu marido?

—No —respondió. Era verdad desde principios de año, y pensaba mantenerse

así; aunque tratándose de François cualquier plan podía malograrse de forma súbita —. ¿Y tú con tu mujer?

—Te lo he dicho ya, llevamos años durmiendo en habitaciones separadas. Solo cuando estamos en la finca de Rabat tenemos que compartir habitación por no molestar a mis padres, pero es solo eso, compartir espacio.

A Céline le molestó saberlo.

—Me extraña que no hagáis nada, es difícil de creer.

—Será preferible que no piense que tú y tu marido os acostáis juntos diariamente —replicó enfadado—, porque si te parece extraño lo mío durante un único mes, no sé lo que te parecerá lo tuyo. ¿Él no intenta nada?

—No, es demasiado viejo para todo.

El tono de Céline fue despectivo, aunque no convenció a Louis. Pensaba que François podía tener problemas típicos por su edad, aunque dudó airado que mantuviera las manos quietas. ¿Qué clase de hombre sería, si no? Llegaba a comprender que se casara con ella por lucir un bello trofeo a su lado, indiferente al clamor de cómo lo había obtenido, sin embargo, con que tuviera un poco de sangre en las venas sería incapaz de conformarse con lucirlo y observarlo. No quiso continuar martirizándose al notar cómo los celos controlaban su mente.

—Llegará el día en que nadie se interponga entre nosotros, Cel; te lo prometo.

—Lo sueño, cariño. Nunca había imaginado que se podía amar a alguien como yo te amo, y eso me hace mantener la esperanza en nosotros. No es justo que nos

escondamos como delincuentes cuando los verdaderos delincuentes tienen libertad para comportarse a su antojo —comentó refiriéndose a François y Helen, cada uno con su maldad particular al negarles el derecho de ser felices—; espero que paguen con vidas miserables todo el daño que nos están haciendo, lo deseo fervientemente.

—Personas como ellos son incapaces de ver ningún aspecto positivo en nada, diría que encuentran su placer hundiendo a los demás. —Louis la atrajo hasta ponerla encima de su cuerpo, sonrió encantado al acariciarle la tersa espalda—. No dudes que esto será permanente, mi amor, ni que ellos serán unos desgraciados toda su vida.

Céline se contoneó un poco, excitándose justo en el punto donde el miembro de Louis incidía con certeza. Ronronearon mientras se seducían en una atmósfera dorada, idónea con esas llamas mecidas en las sombras.

—Espera un poco —dijo Louis apremiado por el deseo. Cogió la caja de los preservativos, sacó el último envoltorio y, con un brillo desafiante en la mirada, se lo ofreció—. ¿Sabrás ponérmelo?

Ella, a horcajadas en sus caderas, observaba el envoltorio como si descifrara un enigma.

—Hazlo tú, no me fío de mi habilidad.

—Es cuestión de tacto y decisión —comentó al ponérselo con eficiencia—, y un poco de práctica... Ya no me quedan más —agregó poco afectado—. Mañana le haré otro encargo a mi compañero.

—El hombre debe tenerte por todo un referente... —bromeó.

—Que me tenga por lo que quiera; mientras no me falle, no me importa.

Ambos sonrieron con picardía, pletóricos al tener vía libre para explayarse de nuevo. Louis fue rápido al alinearla con exactitud, dejándole marcar un ritmo sosegado engañoso donde el silencio se convertía en jadeos empujándoles al abismo del éxtasis. No había manera racional de frenar una química volátil como el aire y densa como el calor que inflamaba sus cuerpos. Nada era comparable a otra unión sublime.

Pensativo, cuando perlas de sudor caían por su frente y se recobraba del esfuerzo, Louis le dijo:

—Te amo, Cel, de una forma tan intensa que siento la necesidad de hacer esto permanente; como sea, tenemos que intentar estar juntos. No puedo vivir sin ti, no quiero vivir sin ti.

Ella estaba boca arriba, se volvió para encarar sus pupilas oscuras, atentas, y paseó las yemas de los dedos por su rostro arrastrando ese espléndido sudor.

—Ni yo, porque desde que te amo soy más valiente y he comprendido que estaba muerta en vida; tampoco quiero vivir sin ti, no merecería la pena.

—Voy a plantearle el divorcio a mi mujer, pero dejándome de amenazas — comentó desengañado, recordando su última intentona. Le conllevó la esperada discusión y poco más. De seguir con esa táctica nunca lograría un acuerdo medio decente—. Quiero hablar con el abogado de mi familia para que me asesore bien.

—¿Y ella? —preguntó Céline abstraída, ni siquiera se dio cuenta de haber

hablado en voz alta.

—Que haga lo que crea conveniente. Asumo que se pondrá histérica —comentó de buen talante—, pero tarde o temprano se le pasará y en unos meses seré libre. Haz lo mismo con tu marido, es lo más justo para todos.

—Justicia... —repitió palpándose con suavidad uno de los costados—. Lo haré, pero no servirá de nada. Mi marido no atiende a razones, solo a las suyas; y el divorcio no es una de ellas.

—Atenderá a las mías —afirmó convencido.

—¿Estás loco? —exclamó—. Antes de nada, resuelve tu situación. Después ya veremos cómo me libero de él. Siempre podré huir contigo —agregó, pensando en abandonar a François.

—Cuando los dos sepan que somos unos adúlteros, preferirán divorciarse a la deshonra social de llevar cuernos. Si mi mujer no lo soportará, tu marido mucho menos.

—Tendremos todas las de perder, mi amor.

—Pero perderíamos cosas materiales, Cel —dijo aun no creyéndolo.

Louis era objetivo al vislumbrar otra clase de obstáculos, sobre todo, humillaciones públicas y el descrédito de sus familias. Para su padre el golpe se auguraba tremendo, y para su hija sería un estigma que la marcaría.

—¿Y qué pasará con Cosette? —preguntó ella como si acabara de leerle la mente.

Louis soltó un suspiro tan hondo que pareció salirle de las entrañas.

—No lo sé. Nosotros tendríamos que marcharnos de aquí...

—Todos se irán en poco tiempo —comentó en alusión al conflicto de independencia—, la cuestión sería que tu mujer te permitiera verla donde sea. Por mi parte, me amoldaré a ti sin contar con obtener nada proveniente de mi marido. No puedo ofrecerte algo mejor —sentenció afligida.

Céline pudo mentirle, o engañarse a sí misma; y sin embargo, no se le pasó por la cabeza. La base de su relación se había fraguado con sinceridad desde el primer momento, y no sería ella quien demoliera esa esencia que los identificaba; jamás lo traicionaría con falsas expectativas.

—Me conformaré con tenerte a mi lado, todo lo demás me sobra. Tú y yo, Céline, siempre juntos, eternamente. No necesitamos papeles porque tenemos lo único que puede unirnos.

Ella lo observó sonriente antes de reverenciar con un beso suave cargado de promesas la palabra “amor” que había omitido. Era cierto que el futuro se avecinaba turbio, y todavía era más cierto que estaban en sintonía para afrontarlo con la mayor honestidad incluso partiendo de esa relación vetada. Así pues, envueltos en el halo sensual de aquel dormitorio refugio de sus íntimos sueños, tuvieron claro que si el azar les unió cuando se hundían en unos matrimonios indignantes, estaba en sus manos decidir el camino apropiado que les diera la oportunidad de ser en público la pareja enamorada que realmente eran.

Sosegados, hablaron a media voz forjando su futuro con el convencimiento de no

querer soportar más unos destinos acometidos desde fuera por personas egoístas que les condenaban a amargas infelicidades. Se sintieron ilusionados, como verdaderos artífices creando magia o arquitectos de sus vidas sin noción del discurrir de la tarde centrados en sus voces. Fueron dioses reconfortados por la profunda emoción de la esperanza.

Capítulo 8

Casablanca, 9 de abril de 1954

AQUEL VIERNES POR LA TARDE Céline agradeció la oscuridad mientras salía de la casa en el corazón de la Medina. No deseaba ser vista por nadie cuando se la suponía en la Iglesia de San Francisco. Volvió a revisar por enésima vez la hora de su reloj, en la elegante esfera dorada leyó las ocho y cuarto, y dejó de esperar que Louis apareciera. Pacientemente, le había esperado, con lo poco que le gustaba la impuntualidad, justificándolo con un sinfín de explicaciones. Al cruzar la tapia de madera, claudicó decepcionada. De forma incomprensible acababan de perder la ocasión semanal de verse, y ella regresaba a su infierno con la certeza de no poder eludir otro enfrentamiento.

Recorría las laberínticas callejuelas a paso rápido, con un pañuelo cubriéndole la cabeza, cuando tuvo la osadía de presentarse en la tienda de antigüedades para desconcertar a François y ahorrarse una carrera sin quitarse a Louis del pensamiento.

Entró en la tienda con absoluta confianza, hasta esbozó una tibia sonrisa al escuchar el tintineo de la campanilla que anunciaba su presencia.

En ese espacio abarrotado de muebles, el aire olía rancio y la luz se afanaba por resplandecer entre sombras. Echó un vistazo alrededor como quien examina con asco, no halló nada de su agrado entre tanta decadencia. François surgió del despacho que tenía arrinconado al fondo, disimulando su sorpresa acercándose con un bloc en la mano.

—¿A qué se debe esta visita?

Céline se quitó el pañuelo de la cabeza, pendiente a su figura oronda.

—Estaba cerca y he pensando regresar a casa contigo, ¿te molesto?

—No, me asombras; pero siempre eres bien recibida.

El viejo parecía satisfecho, incluso contento.

—¿Cómo van las ventas? —preguntó falseando interés—. Veo muchas novedades —añadió al fijar la vista en una lámpara con el pie de cobre—. ¿Por qué no me enseñas lo que compraste en París? Era un negocio importante, ¿no?

—No creo que te guste.

Céline aguantó ese tono irónico con aparente docilidad. Luego, de forma premeditada, rezumando inocencia lo incitó a vanagloriarse de sus compras. A ella no le afectaba la fanfarronería que siempre menospreciaba su capacidad intelectual, sufrirla a menudo conllevaba acostumbrarse mientras en su interior lo sentía como un ser patético.

Sin embargo, al tener la expectativa nublada por el engaño, enmudeció frente a los dos lienzos de Picasso que François había sacado de unos tubos de piel y desenrolló

sobre la mesa del despacho.

Céline no quiso ocultar su admiración por el pintor español, era una leyenda viva que la cautivaba con su colorido, formas imposibles, rotas, y, lo más convincente, a través de sus ojos la hacía recapacitar. Contempló el rostro de una mujer recostada en un diván, partido en dos, y le resultó lo más llamativo que había visto nunca.

—Es una ordinariez —comentó François—, pero me ha salido barato. A ver si le encuentro comprador y como mínimo recupero la inversión.

—Te lo compro —dijo sin pensar—. ¿Cuánto quieres por él?

François soltó una risa espontánea, entrecerrando esos ojos diminutos hasta convertirlos en dos rayitas perdidas bajo sus espesas cejas. Durante los siguientes minutos le recordó de dónde salía el dinero que tanto ella como su madre gastaban, aunque no habló con su malaleche habitual. Estaba impresionado al escucharla exponer las bondades del pintor. Según ella, el mayor genio del siglo y el mejor exponente de varios movimientos artísticos que en unos años alcanzaría cifras astronómicas. Él lo dudaba, pero como quería congraciarse tras meses de una convivencia catastrófica, le dijo:

—Llévatelo a casa, y el otro también. —Señaló un bodegón caótico en tonos pardos y anaranjados—; ya veré si se cuelgan o no.

Céline esbozó una parca sonrisa. De la manera más tonta, o de la más valiente, además de evitar otra pelea había encontrado dos lienzos para olvidar la cárcel de su hogar. No podía estar pletórica, pero rozó la alegría.

Al cabo de un rato cargaba con entusiasmo los dos tubos bajo el brazo. Caminaba con François saliendo de la Medina, en un silencio agradable y con los ojos atentos a la muchedumbre que entraba en la mezquita acudiendo a la llamada a la oración que había sonado unos minutos antes.

Tras pasaron el arco que daba al puerto y se dirigieron a la parada de taxis. François no se planteó andar más. De forma gentil, dejó a Céline entrar en el Peugeot rojo y a continuación se sentó a su lado. Le dio la dirección de su casa al joven chófer y, confiando en que su benevolencia habría suavizado la tensión entre ellos, le alzó la mano y le dio un beso. Céline hizo de tripas corazón dedicándole una breve sonrisa, sin ser consciente de las pupilas carbonizadas por la deslealtad que llevaban persiguiéndoles unos minutos.

Incrédulo, Louis se apostó en el arco cuando el taxi se alejaba. En aquellos instantes de desesperación no fue capaz de sospechar que Céline estuviera indignada con él. Solo interpretó el gesto de François como una puñalada que se le había clavado en el pecho.

Después de verse obligado a no fallarle a Cosette en su séptimo cumpleaños, en la fiesta que Helen organizó por todo lo alto, sin posibilidad de avisar a Céline, después de haber inventado una excusa para marcharse y correr como un loco por media ciudad con la esperanza de verla aunque fuese un mísero momento, después de todo, había logrado darse de bruces con lo único que no podía digerir.

Cuando ella se enfadaba ante sus dudas acerca de la verdadera relación que tenía con François, siempre intentaba convencerse de que no le engañaba. Creyó en su

palabra, pensando en la realidad que él vivía con Helen. En cambio, mientras repetía en la memoria de forma martirizante el beso que François le había dado en la mano y su sonrisa aceptándolo, se sentía estafado. Pensó que su estupidez no tenía perdón. Había llegado demasiado lejos con ella por desearla, por desear su cuerpo por encima de todo y por enamorarse profundamente. Además, por ella estaba dispuesto a enfrentarse a un proceso de divorcio complicado. A abandonarlo todo.

Bajo aquel arco de viejas piedras, maldijo a Céline por haber tenido la desvergüenza de mentirle con un monstruoso embuste inventado para contentarlo. Pensó que era culpable por dejarle entrar en su vida, sin que eso lo eximiera a él. Una mentira de esa envergadura, una vez aceptada, asumía vida propia para presentar una visión distorsionada de la realidad. La de él, creerse el único hombre con derecho a tenerla, el único con quien deseaba estar y permanecer, o el único con el que hacía planes. Le dolió demasiado bajar a la tierra para despertar del mejor de los sueños. Tanto como verse alentado por los gritos incesantes de su cerebro.

En la oscuridad más densa, justo cuando las calles solitarias le concedían anonimato para hundirse en el peor de los abismos, corrió dirigiéndose a Sahar. En aquel preciso instante la rabia lo dominaba. Sin duda, el dolor había conjurado a sus demonios.

Capítulo 9

Casablanca, 10 de abril de 1954

CÉLINE LLEGÓ A su refugio buscando pasar unas horas sin soportar la atención de François. No sabía si era preferible tenerlo de enemigo a solícito esposo. Se vio obligada a inventarse una reunión en casa de una amiga del colegio por perderlo de vista, y de paso también dejaba atrás a su madre y su insistencia en que acudiera a la primera carrera del Hipódromo. No tenía ánimos para ningún acto social donde coincidir con Helen Fournier fuese inevitable, con exprimirse la cabeza pensando en que Louis la había dejado plantada era suficiente.

En cuanto atravesó el patio de la casa y vio la puerta abierta, el corazón empezó a latirle desbocado. Sintió un ramalazo de pánico. Los asaltos en viviendas nobles estaban a la orden del día, y esa lo era y desde fuera aparentaba una engañosa dejadez atractiva para los delincuentes.

Un pañuelo oscuro ocultaba su dorado cabello, como precaución habitual al aventurarse en la zona musulmana de mayor arraigo en la ciudad, pero el resto de su ropa —vestido claro con falda voluminosa a la moda occidental actual y zapatos de tacón bajo— era demasiado llamativa para mantenerse invisible. De haber asaltantes

en el interior, al traspasar la puerta estaría a su merced. Y solían ser muy agresivos con las mujeres aunque hubieran nacido en Marruecos, para ellos eran extranjeras colonas. Vaciló al entrar.

Recorría la estancia penumbrosa con pasos indecisos y los ojos pendientes a cualquier variación. Vio una botella de whisky tirada en la alfombra cerca de los almohadones, y fue rápidamente a recogerla. Era la misma botella que ayer vio medio llena.

Diligente e ilusionada, se dirigió al dormitorio sin atisbo de miedo. Podía aspirar la fragancia de la colonia de Louis, estaba allí. Toda esa alegría se transformó en confusión al encontrarlo despatarrado en la cama, desnudo y boca abajo, dormido profundamente.

Sonrió un poco al escucharlo roncar, recordando su advertencia durante la primera cita.

—Louis, cariño —dijo dándole unos toquecitos en la espalda—, despierta.

Como no reaccionaba, le apretó un brazo moviéndolo. Tenía los músculos marcados, duros. Súbitamente, Louis alzó ese brazo y le dio un manotazo sin calibrar la fuerza. La empujó hacia atrás. Ella se había sobresaltado, pero no perdió la voluntad creyendo que la resaca guiaba su instinto. Se equivocaba.

Él ya era consciente de su presencia, todavía lidiando con el enfado que le llevó a emborracharse y pasar la noche en esa venerada cama. Cuando Céline volvió a acercarse, apresó su muñeca con seguridad y la dobló sabiendo que estaba

lastimándola.

—¿Duele? —graznó al levantar la mirada para que percibiera su rabia.

—Sí —contestó quejumbrosa, sin comprender ese arranque de furia—. Suéltame, por favor...

Louis de golpe fue consciente de su rudeza, y no pudo soportarlo. La liberó como si quemara.

Mientras ella no dejaba de observarlo perpleja, se levantó de la cama y se acercó sin apartar la vista de su vestido marfil. Frente a frente, le recorría el cuerpo paseando los ojos con una lentitud agresiva. Deseó que no se lo hubiese puesto, se sentía incómodo, incapaz de mover la mirada de la hendidura entre sus senos donde terminaba el amplio escote. No acababa de acostumbrarse a una belleza tan perfecta, o terrible en ese momento. Le fastidiaba su debilidad, y bruscamente dirigió la mirada a sus nítidos ojos.

—¿A qué has venido?

Ella tragó saliva, atenta a unas pupilas enmarañadas en sangre. A esas alturas tenía claro que no debía preocuparse por su integridad física, y no estaba atenazada por el miedo como durante sus hazañas con François aunque al principio la hubiesen desconcertado los malos modos de Louis, su sensación era otra. El corazón le bombeaba sangre a un ritmo vertiginoso, la calentaba como una olla a presión a punto de estallar.

—Pretendía estar un rato tranquila. ¿Y tú? —le preguntó desafiante—. ¿Has

pasado la noche aquí?

—Sí, ya que ayer tuve el placer de despertar de mi sueño, no vi la necesidad de arrastrar mi depresión en otro sitio.

—Te esperé hasta las ocho y cuarto, ¿por qué no viniste?

—No tengas la desfachatez de pedirme explicaciones, no pienso dártelas.

Céline creía que él todavía no razonaba con sensatez, pero comenzaba a acusar un enfado grave.

—Faltaste a nuestra cita. ¿No tengo derecho a saber la razón?

—No me mientas más, te vi.

—¿Cómo dices? ¿Que me viste? ¿Cuándo me viste? ¿Me viste y me ignoraste?

Sin querer alzó la voz. Louis parecía el David de Miguel Ángel conteniendo su agresividad.

—¡Estabas con tu marido! ¡Os vi saliendo de la Medina cuando llegué con retraso porque se me olvidó decirte que era el cumpleaños de mi hija! ¡Así que no intentes engañarme más!

—No te he engañado nunca, Louis. Vine a las cinco y te esperé toda la tarde. Me marché desesperada sin saber lo que te había pasado... Cuando salí y me di cuenta de que sería imposible regresar a casa antes que mi marido, fui a la tienda engañándolo a él —contó, dejando en el aire que lo había hecho por evitarse problemas—. Nos verías cogiendo un taxi, poco más. No hubo nada más —recalcó—. ¿Es eso ofensivo? ¿O es eso tan ofensivo que merezco este trato hostil cuando me dejaste plantada? ¡Qué

diablos! ¡¿Encima de que me sentí como una tonta y me arriesgué a que François me pillara mintiéndole?! ¡¿Encima tengo que soportar que me taches de embustera?!

—¡Te acuestas con él todos los días! ¡No lo niegues!

En ese punto, Céline ya manejaba un enfado terrible.

—¡Nunca te lo he negado! ¡Y lo hago porque no me queda otro remedio! — exclamó vehemente. No entraría a detallarle nada sobre las relaciones sexuales que François la había obligado a mantener, nada sobre su forma de soportar aquellos episodios, como un objeto pasivo con tal de no prolongar una humillante agonía, nada de nada gracias a que llevaba muchos meses sin padecerlos, y nada sobre los malos tratos que la avergonzaban. Esas eran sus miserias, solo de ella—. ¡Lo detesto! ¡Se me revuelve el estómago! ¡Pero sí, compartimos la cama! ¡Nada más!

La cólera de esos gritos no asombró a Louis, conocía el impetuoso carácter que escondía su apariencia tranquila, aunque depuso la beligerancia al percibir la frustración que arrastraban sus palabras.

En cuanto la vio dando la vuelta para salir del dormitorio, con unos reflejos excelentes apresó de nuevo su muñeca. La atrajo hacia él con un movimiento más brusco de lo que pretendió, y le sujetó la barbilla con la mano libre para imponerle el arrepentimiento de sus ojos.

—No soporto la idea de que estés con otro hombre —le dijo, y batió las mandíbulas sin camuflar su tensión—. Perdóname, mi amor; no he podido reprimirme, lo siento mucho.

—Suéltame, por favor —susurró. Necesitaba sentirse libre, no recordando la de veces que François la había sujetado de la misma forma. Louis movió las manos hacia su cintura sin presionar pero sin permitirle huir de él—. Me has ofendido al creer que te he engañado, ¿cómo puedes dudar de mi amor? ¿Cómo?

Céline, más que preguntar, buscaba comprender. Estaba abatida, incapaz de frenar el torbellino de lágrimas que languidecían por sus mejillas.

—Ayer me dejé llevar por los celos, me matan —habló en un tono muy bajo, avergonzado y tan herido por ese llanto silencioso que acercó su frente a la de ella en un acto de contrición—. No volverá a ocurrir, Cel, te lo juro. Nunca más dudaré de tu amor, nunca; créeme, por favor.

Permanecieron callados un largo instante, concediéndole tiempo a sus miedos para que se alejaran o, sencillamente, asumiendo la grandeza de unas emociones tan primarias como hondas.

Acabaron besándose con necesidad hasta perder el equilibrio al caer en la cama. Louis posó las manos en los botones del vestido de ella, de forma audaz, diligente y habilidoso, empujado por la abrasadora pasión. La admiraba con delicia incansable mientras la hermosura de sus senos se rendía a sus caricias.

Fue uno de esos momentos sublimes que le traspasó profundamente. Sintió el recorrido de sus ojos penetrando en su memoria, la felicidad de su sonrisa enamorada clavándose en sus retinas para ansiar verla así todos los días. Cada gesto de Céline primero le atravesaba la piel, se fundía con su sangre hasta pertenecerle y formar parte de él al marcarle el alma con abisales surcos indelebles al discurrir del tiempo.

Con ella todo tenía esa capacidad. Pudo palpar la sensación de que todo ese amor siempre perduraría.

—¿Sabes lo mucho que te quiero? —le preguntó obnubilado ante su esplendorosa desnudez.

Céline no contestó, no pudo articular ninguna palabra. Tal vez enmudecida por la lujuria.

Él dibujó una sonrisa y la atrajo hacia sí. La anticipación se agudizó en su cuerpo como un arco bien tenso, preparado para lanzarse a demostrarle cuánto la amaba. Fue delicado paseando las manos por esa piel sedosamente pálida, aguantando sus caricias y besos con paciencia infinita, sobreviviendo a sus emociones sin dejarse vencer por el instinto de anhelar morir enterrado en ella.

Veneró a la mujer que había llegado a su vida sin esperarla, a la más dulce recompensa para su alma. Amarla no atendía a razones y era su ilusión, el sueño ansiado durante años que marginó creyendo inalcanzable; y por fin, cada vez que empezaba a deshacerse en su interior sujetándole las caderas, tenía la plena conciencia de que los sueños se hacían realidad. Con ella era feliz, todo cobraba sentido.

Capítulo 10

Casablanca, 18 de agosto de 1954

CON LOS OJOS FIJOS en la cúpula de cristal que había sobre la piscina climatizada del Hôtel du Palais, Céline logró abstraerse de la insulsa conversación de su madre. La mujer estaba encantada disfrutando, según ella, de unas merecidas vacaciones; aunque la realidad fuese otra. Estar en Biarritz era como volver a revivir su época dorada. Céline tenía la absoluta certeza de que había convencido a François solo por satisfacerse a sí misma. Y él, por seguir congraciándose había aceptado despilfarrar una cantidad indecente de dinero. Por supuesto, de manera inútil porque nada de lo que hiciera salvaría su matrimonio y poco de madame Martel le reportaría algún bienestar. Para Céline podía pretender ser amable, facilitarle la vida en público, y siempre obtendría lo mismo: frialdad.

—Mamá, me voy un rato al baño turco —le dijo después de repasar a dos mujeres sexagenarias que acababan de meterse en la piscina. No entendió el lucimiento de ostentosas joyas para nadar—. Te veo luego en la terraza.

Madame Martel apenas movió los ojos de las señoras.

—Muy bien, nenita. Recuerda que a François le gusta comer a la una, no te retrases.

Al escucharla, le dirigió una mirada de profundo asqueo. Antes de salir del cuidado recinto de la piscina, abrochándose un albornoz blanco, le llegó la voz melosa de su madre saludando a las señoras. Echó la vista atrás para sentir vergüenza ajena. Le sobrepasaba ese afán desmedido por aparentar una clase social alta cuando lo que evidenciaba era falta de respeto y educación. El timbre de voz agudo de su madre se le metió en la cabeza de manera infame, hasta que se quitó el albornoz dentro del baño turco y el vapor se apoderó de sus recuerdos.

Sudaba, su piel brillante resbaladiza atraía a su memoria la nostalgia de Sahar donde no había mármol de Carrara ni un montón de toallas primorosamente dobladas a su disposición. Y no lo cambiaba por ese ni por nada del mundo. La intimidad, todas las emociones que había vivido con Louis mientras disfrutaban como jeques eran indescriptibles, únicas, y un secreto que ya duraba ocho meses. El mejor periodo de su vida. Y quizás, por esa sensación de pertenencia, lo echaba tanto de menos y era una lucha constante mantener sus celos alejados.

Quería escoger la imagen de él a la que recurrir durante esa separación. En los buenos momentos se quedaba con su porte autoritario del desfile militar que hubo en Casablanca el 14 de julio. Aquella calurosa mañana, lució el uniforme con una elegancia casi transgresora. La cautivó al dedicarle una mirada risueña mientras ella estaba en compañía de su madre, solo ellos dos la apreciaron. Sin embargo, en los malos momentos se sucedía la desesperación y siempre llegaba custodiada por

visiones de él en la finca de Rabat con Helen. Apartar esa imagen de ellos simulando un matrimonio bien avenido ante sus padres, con la niña presente, o las nefastas de recrearlos en el dormitorio que compartían, la llevaba a comprender aquel sorprendente ataque de celos provocado por una inexistente traición.

Trataba de ponerse en la piel de Louis, en esos días lo hacía a diario, y era como dar tragos de cianuro buscando una muerte asegurada. Celos insanos, rabiosos y una abominación catastrofista para su cordura; ciertamente, la ruina de esas vacaciones, y en cambio, imposibles de diluir.

El vapor del baño le pareció denso al abrumarle la memoria con la peor sucesión de pensamientos acerca de él durante su estancia en Rabat.

Dio por finalizada la sesión al no estar disfrutando, incluso caminó diligente por el pasillo hacia la suite creyendo que hallaría menos desasosiego en la comida con François y su madre; eso fue determinante para calibrar cómo sufría por Louis. Debía estar hecha añicos si con el indeseable y la manipuladora su bienestar era mejor, hasta ese límite había llegado.

Ni media hora después, se puso un vestido rojo de vuelo y recorrió el amplio pasillo rumbo a la terraza. Todavía no era la una. Andaba sin fijarse en la profusa decoración palaciega: artesonados en los techos, lámparas de araña, cortinajes pesados y sillas del siglo XIX que entusiasmaban a François. Hedonismo puro y fastuosidad desmedida, aquello era la quinta esencia del lujo.

Cruzó a la piscina exterior, a la terraza del restaurante, y se sujetó con delicadeza la pamea por la brisa que corría frente a la playa. Casi la totalidad de las elegantes

mesas estaban ocupadas. Colocó el índice en el puente de sus gafas de sol y tardó unos segundos en divisar a su madre y la grandiosa espalda de François. Al ir a su encuentro, y pese a la optimista creencia de hallar con ellos un poco de bienestar a salvo de celos y nostalgia, necesitó concentrarse en sus pasos para no flaquear y huir desvaneciéndose entre aquella selecta clientela.

Durante el transcurso de la comida tuvo ocasión de apreciar con pesimismo el lento avance de las manecillas del reloj, harta de las firmes intenciones de François. El iluso había dejado de creer que tuviera un amante, y pretendía conquistarla con lo único a su alcance: dinero, ignorando que precisamente era lo único que no mediaba entre Louis y ella. Se conformaban con estar juntos, con descubrirse, soñar prometiéndose el futuro; pero jamás hablaban de sus economías ni se dedicaban regalos materiales. El mejor regalo era compartir su refugio de la Medina, vivir la magia de Sahar.

Indiferente a ese alarde de docilidad calculada, mientras su madre incitaba la esplendidez del tacaño reconvertido en servil esposo, ella permanecía en silencio recordando donde ocultaba el dinero en su casa. Lo descubrió un par de días antes de iniciar las vacaciones, de forma accidental. Estaba en el cuarto de baño con la puerta entornada cuando François irrumpió en el dormitorio y fue directo a una de las cuatro columnas de madera que tenía el dosel de la cama. Agachado, pulsó en un recuadro que se abrió de manera automática. Vio cómo sacaba varios fajos de billetes, y se anotó mentalmente el gesto. Pensaba investigarlo cuando regresaran, no estaría de más cierta solvencia si Louis obtenía el divorcio; abandonar a François era un objetivo a

corto plazo.

* * *

En la finca campestre de Rabat se comía con la panorámica de las hileras de naranjos perdiéndose en la distancia y la piscina que a esas horas reflejaba la calima en ardientes turquesas. Louis esperaba que Helen apareciera en el porche con una mirada acusadora. Rezó para que tuviera el detalle de agradecerle a su madre la opípara comida por su cumpleaños. Cumplía treinta años, de los cuales llevaba ocho desperdiciados con él. Conforme más tiempo pasaban juntos, mayores eran sus discusiones; el verano era demoledor para las construcciones en ciénagas. Tal cual. Ahí se cimentaba su matrimonio.

Desde que habían llegado, Louis la esquivaba como si fuese un proyectil teledirigido siempre con él de blanco. Helen no admitía bien que la rehuyera en el dormitorio, intentaba provocarlo con artimañas de fulana que la ridiculizaban; su voz era un martilleo insistente cuando veía que él se acostaba en el sofá; y, lo más desagradable, aprovechaba la presencia de sus padres y Cosette para dedicarle caricias que transigía diseccionándola con miradas asesinas. Detestaba esa falta de dignidad, le parecía incomprensible cuando tenía en sus manos quedar libre para encontrar a otra persona y ser feliz en vez de llevar años confundiendo el amor con obsesión. Pero no había forma, o no era el momento adecuado o el método parecía ineficaz. Por tanto y sin albergar ya ninguna duda, lo obligaba a cambiar de estrategia porque cada vez que él pronunciaba la palabra “divorcio” la boca de Helen se llenaba de desprecio y tontas justificaciones religiosas con el solo interés de

prolongar su agonía. Y él no estaba dispuesto a atender sus razones, todas y cada una conllevaban separarse de Céline y todas superarían con creces cualquier agonía. Esto último era una certeza absoluta.

Inesperadamente, Helen no hizo nada de lo que él imaginaba al sentarse a la mesa. Pudieron comer de manera distendida y hasta simpática gracias a las ocurrencias de Cosette. Reían de forma cariñosa, su padre el que más.

El general adoraba a la niña, no escatimaba condescendencia ni un brillo orgulloso en unos ojos oscuros que con ella jamás intimidaban. Ese afecto siempre había sido recíproco.

Cuando terminaron de comer, Cosette ya estaba en las rodillas del abuelo esperando impaciente que Sophie trajera una untuosa tarta de chocolate.

—Pide un deseo, mamá —dijo la niña excitada por la emoción al ver las velas encendidas.

Sonriendo, Helen echó un poco el cuerpo hacia delante, levantó la mirada para encarar las pupilas inmóviles de Louis y sopló moviendo la cabeza de un lado a otro. Excepto él, los demás se arrancaron a corear un *Cumpleaños Feliz* bastante desafinado.

Sin advertir la atención de sus padres en él, rechazaba el pedazo de tarta que Helen le ofrecía en un plato de porcelana. Lo rechazaba todo de ella aunque no quisiera entenderlo, algún día no podría eludir esa realidad.

La mirada de Sophie, en un tono avellana cambiante con la luz, se clavó en la

severa del general. Ninguno se sentía bien presenciando la infelicidad de Louis, pero con un gesto casi imperceptible acordaron no inmiscuirse. Delante de la niña continuaron aparentando diversión. En cambio Louis se puso en pie y, sin amagar una excusa, se alejó hacia el camino de tierra que llevaba al sendero entre los naranjos.

Envuelto entre la penetrante fragancia a azahar y una sinfonía de grillos, cuando la pendiente del camino permitía una visión en alto de las hectáreas de naranjos de la finca, con la casa de muros blancos y sobresalientes palmeras al final, encendió un cigarro al alargar la distancia alejándose de una hipocresía que le resultaba insoportable.

Avanzaba con lentitud sorteando las piedras del camino terrizo mientras revivía otro cumpleaños totalmente diferente a ese. Sin lugar a dudas, que la protagonista fuese Céline influyó bastante en hacer de una simple celebración un acontecimiento histórico.

Aquel primero de mayo, con el único interés de no sentirse coaccionados por la clandestinidad, cometieron la locura de recorrer juntos los alrededores del majestuoso faro de El-Hank. Como cualquier pareja de turistas, anduvieron por las rocas que rodeaban el faro y se divertieron desafiando al oleaje con la misma valentía de exponerse a hacer pública su relación. El veinticinco aniversario de Céline ya había ido a parar al altar de su memoria con la simplicidad de un día cotidiano que rozó lo fantástico. Tanto fue así, que hasta se arriesgaron a hacer el amor sin preservativos cuando agotaron, de nuevo, la caja que le había vendido Lacombe. El capitán no salía de su asombro, ni paraba de reprocharle con sorna esos interludios

que estaban enriqueciéndole. Louis sonrió un poco al recordar la cara del hombre, pensaba que tenía un matrimonio fuera de lo normal o quizás al conocer a Helen sospechaba algo; nunca sabría por él con quien los usaba.

Al acabar envuelto en la felicidad que le daba tener a Céline en la memoria, y a pesar de lidiar con la incertidumbre de que en aquellos días estaba en Francia de vacaciones con su familia, olvidó todos los sinsabores con la expectativa puesta en la próxima semana para recobrar la parte de él que renacía al sentirse amado.

Soñaba con el siguiente viernes como un explorador anhela la aventura, o como las plantas el sol o, tal vez, como necesitaba el aire para respirar sin perecer asfixiado entre sus dos realidades. En una, era un hombre distante, encantador, altivo y tremendamente frustrado; y en la otra, sin máscara, fluía su verdadero yo de manera natural y pletórica, la felicidad lo engatusaba y tenía plena conciencia de querer estar así siempre. Pensaba que quizás al haber encontrado a Céline en el momento de más soledad de su vida, las soledades de ambos se reconocieron como iguales para protegerse del caos que les rodeaba, las fundieron en el otro y, lo mejor, se reconfortaban amándose de forma irresistible y poderosa. Céline era su equilibrio, la única excitación de su vida, y todo lo asentaba en ella consagrado al pequeño mundo que habían construido. En esos instantes de debilidad, recordarla le dio la fortaleza para regresar a la finca con energías renovadas. Transigiría unos días más sin crearse problemas con nadie.

Enfocó la vista al final del camino para descubrir a su padre andando hacia él. Contempló su elevada estatura, la figura rotunda que denotaba buena forma física. Era

ágil. Llevaba ropa informal —pantalones de lino claro, camisa blanca y alpargatas—, y el sombrero de paja que siempre se ponía para mitigar el sofocante calor. Al observarlo más de cerca, advirtió el sudor en un rostro todavía atractivo y la fatiga en su manera forzada de respirar. Compartían la complexión fuerte, los rasgos regulares donde destacaban unos ojos negros escrutadores y el cabello oscuro, en el general salpicado por canas que mejoraban su madurez. Por un instante, Louis se imaginó entrando en la vejez. Admirado, sonrió al recibirlo.

—Las mujeres están dándose un baño en la piscina —dijo el general, quitándose el sombrero. Tras secarse el sudor de la frente con un pañuelo, le preguntó—. ¿Buscamos una buena sombra?

Louis supo de inmediato que pretendía abordar el tema que él se acababa de proponer obviar, pero asintió admitiendo de buen grado el brazo que le rodeó un hombro. Reanudaron la subida por la pequeña ladera y al cabo de unos metros se desviaron por un estrecho sendero polvoriento entre los naranjos.

Hacía un calor irrespirable; la tierra parda llena de terrones triturados y pedruscos parecía calcinada. El general, con la mano derecha posada en el hombro de Louis, seguía callado. Así llegaron a un espacio sin pendiente, como una terraza protegida por un flanco de árboles, durante unos minutos fijaron los ojos en la vasta extensión de las hiladas de naranjos que se difuminaban en el horizonte tras un espeso velo de calima. Desde lo alto de esa colina la vista abarcaba hasta el mar, naranjos y naranjos se divisaban recortando la intensidad azul brillante de reflejos dorados.

Una ráfaga de viento meció las ramas de los árboles y los dos cerraron los ojos

para aspirar hondo impregnándose de la fragancia del azahar.

—No he encontrado otro lugar donde halle la misma calma que en este —comentó el general rompiendo el silencio. Louis volvió la cabeza hacia él—. Es perfecto para pensar. ¿Por eso has venido?

—Necesitaba estar tranquilo, papá. Tengo muchas cosas en la cabeza, problemas por resolver que no solo dependen de mí.

—¿Quién es?

La mirada comprensiva del general animó a Louis, aunque no se planteara desvelarle la identidad de Céline.

—Le he pedido el divorcio a Helen, no puedo continuar casado con ella estando enamorado de otra persona. He aguantado estos años por la niña, pero ahora es diferente... Quiero tener un matrimonio real, algo como lo tuyo con mamá, no una farsa que nos hace infelices a los tres.

—¿Y tu amante? ¿Es libre para casarse contigo?

—No es mi amante —respondió serio—; es el amor de mi vida, la mujer con la que deseo estar a cada momento, mi amiga y compañera. No la menosprecies porque tengamos que vernos a escondidas, no es ninguna aventura pasajera.

—Perdóname, ¿pero es libre? —repitió curioso y preocupado ante una determinación asombrosa.

—No, tendrá incluso más problemas que yo; pero nada va a detenernos. Ni la negativa de Helen ni su marido lograrán mantenernos separados. Hemos tomado la

decisión de luchar por nosotros y lo conseguiremos a pesar de todos los obstáculos que se interpongan en nuestro camino.

—Tu madre y yo siempre hemos sabido que con Helen nunca serías feliz, apenas tenéis nada en común, la niña y poco más. Te honró casarte con ella por lo que fue, pero comprendo que si no ha funcionado es mejor dejarlo antes de que sea tarde. Vivir con una mujer a disgusto debe ser una condena, no te reprocharemos nada por buscar tu felicidad —dijo, incluyendo a Sophie al conocer su opinión acerca de Helen—. Trata de no hacer traumático el divorcio para la niña, todo lo que conllevará al principio será muy difícil para ella. Por lo demás, no te preocupes demasiado; no hay nada que el tiempo no mitigue —añadió, refiriéndose al escarnio público que sufrirían él, Helen y la misteriosa amante y su familia.

—¿De verdad me apoyas en esto? —le preguntó gratamente sorprendido, teniendo en cuenta sus arraigados valores religiosos y las represalias de muchos de los hipócritas que conocía en Casablanca.

El general le palmeó el hombro.

—Sí, eres mi único hijo y te deseo toda la felicidad del mundo. Siempre me he sentido orgulloso de ti, cuando decidiste seguir mis pasos en el ejército por tu valentía y humildad al no pretender ninguna clase de favoritismos. Luego, cuando te casaste rápidamente para proteger la reputación de tu mujer, por tu honradez al cargar con una obligación moral aun sabiendo que aumentaría el error de haberla dejado embarazada. Actúas con honestidad, Louis, y eso no es reprochable. Como no lo es enamorarse ni aspirar a ser feliz.

—Había perdido la esperanza, papá, pero ahora siento cómo me empuja hacia mi auténtica senda con la mujer que he escogido sin condicionantes. Por primera vez en mi vida soy feliz, y es gracias a ella —habló con una ligera sonrisa—. No voy a permitir que el egoísmo de Helen o de su marido sigan haciéndonos desgraciados cuando ninguno de los dos vimos otra opción que casarnos con ellos para contentar a... —Louis vaciló, se mordió la lengua para no mencionar a madame Martel—. No importa, por contentar a terceras personas con la única preocupación de ellos mismos.

El general no se dio por aludido, aunque empezara a sopesar que su extrema firmeza en determinados asuntos pudo influenciarle.

—Te sugiero que acabes con tu matrimonio si está causándote más dolor que alegría, no merece la pena malgastar tu vida con quien no amas.

Louis casi se emocionó al escucharle, fue el golpe de gracia definitivo. No dudó en abrazarlo. Por fin había descargado su conciencia y, sin esperarlo, tenía su bendición. Y, con él de su parte, garantizado el apoyo de Sophie para emprender una ardua lucha que le permitiera salir del secretismo. La cariñosa descarga de energía le dio más aliento y terminó de abrirle los ojos: los padres jamás fallaban a sus hijos.

Capítulo 11

Casablanca, 3 de noviembre de 1954

CÉLINE PINTÓ UNA EXPRESIÓN amable en su rostro paseando la mirada entre Helen y Cosette. La niña parecía enfadada. Sus rasgos infantiles estaban tensos, iguales a los de Louis cuando le contaba que Helen seguía negándole el divorcio después de meses de insistencia. Al recordar eso, sintió repulsión por ella.

—Qué casualidad, madame —dijo Helen, y desvió la vista al pañuelo claro que Céline llevaba cubriéndole el cabello. Sonrió un poco asombrada, pero se reservó su curiosidad. Tenía la convicción de que era algo excéntrica—. Es raro que coincida en esta zona con alguna amiga.

Céline no mutó la expresión, aunque en su fuero interno estuviera pensando que el concepto de la amistad de la inglesa era más falacia que cuestionable.

—Tiene mala fama, pero es eso: fama. Suelo venir con frecuencia a la tienda de mi marido y nunca he tenido ningún incidente.

—Yo también suelo venir, a comprarle a mi marido unos pastelitos árabes que adora.

Céline conocía la mejor pastelería de la Medina, a unas calles de allí, y supuso que ahí los compraba. Por descontento, selló sus labios acerca de la tarta que Ouarda le había hecho y sujetaba con la mano izquierda a buen recaudo en una cesta.

—Hoy es el cumpleaños de mi papá.

—¿Sí? —Céline disimuló su falta de sorpresa con una caricia en el suave rostro de la niña. Iba vestida a la moda con un vestido rosa pomposo y dos lazos en las coletas llenas de tirabuzones, y se vislumbraba en ella una belleza abrumadora bien distinta de la clásica acentuada en Helen por su ropa insulsa siempre estampada—. ¿Cuántos cumple?

Cosette no supo responder, buscó la ayuda de su madre.

—Treinta y tres —dijo Helen, consciente de que su esfuerzo por complacer a Louis con otro capricho de poco serviría cuando a primera hora de esa misma mañana ya le había dejado claro que pasaría el día fuera. Por supuesto, no se molestó en darle explicaciones y ella se vería obligada a inventar cualquier justificación para que Cosette lo perdonara—. Aunque creo que el pobre lo tiene complicado para celebrarlo —comentó abonando el terreno con la niña—; estos moros no se cansan de complicar la existencia a los militares; a ver cuándo entienden que esto dejó de ser Marruecos desde que su sultán cedió el control del país a Francia y España.

Céline afirmó en silencio sin intención de enfrascarse en una discusión sobre política.

—La cuestión es que los militares tienen obligaciones para protegernos a todos.

—Efectivamente —admitió Helen, tocando el cabello de la niña—, pero mantendremos la fe hasta el último segundo del día —agregó dirigiéndose a su hija—. A papá le gustará llegar y tener sus dulces favoritos.

Céline no prolongó la charla, deseosa por perder de vista a esa arpía que se había propuesto hacerles la vida un infierno. Llegaba a detestarla tanto como a François.

Inmóvil, las vio doblar la esquina del callejón que había a unos metros del pasaje que daba a Sahar. La niña volvió la cabeza y le dedicó una última sonrisa, que correspondió llena de contradicciones. Por un lado se planteaba cómo sería tener hijos con Louis, y vislumbró un instante pletórico; pero por otra parte le dolió ver la decepción en los ojos de Cosette. Se había sentido como una intrusa y hasta culpable. Y eso la llevó a tomar una decisión en su contra, a favor de que la niña celebrara un cumpleaños que empezaba a parecerse a la manzana de la discordia. Y, encima, contando con la ignorancia absoluta del homenajeado.

En cuanto atravesó el jardín y el patio donde el rumor del agua invitaba a la relajación, entró en la casa para detenerse cautivada por un intenso aroma a sándalo. Echando un vistazo alrededor, vio dos cuencos en el suelo con los halos traslúcidos que revoloteaban por aquella estancia penumbrosa perfumando el ambiente.

Acababa de soltar la cesta encima de la mesita que había al lado de los refinados almohadones cuando Louis apareció descalzo, vestido con un pantalón beige y una camisa blanca desabrochada. Sonreía al acortar la distancia entre ellos.

—Llegas con retraso —le dijo antes de besarla en los labios—, te echaba de menos.

—Felicidades, mi amor —habló en un susurro sutil, anclando los brazos a su cuello—; ¿cómo llevas el día?

—Hasta ahora bien, a partir de ahora: perfecto.

Céline lo escuchó complacida, también lo sentía así. De igual manera, por no transigir estar separados, desde septiembre habían aumentado sus encuentros a dos o tres veces por semana en función de los compromisos laborales de él. Volvieron a besarse deseosos, ambos parecían completamente ausentes mientras se esfumaban saboreando sus esencias. Por esos besos estaban cometiendo locuras cada vez más arriesgadas, como si el peligro incitara alguna clase de coraje contra las consecuencias de sus actos, rozaban lo temerario. Sobre todo, Céline. Si bien, tras decidir ser valiente reconociendo a lo que se enfrentaba, puramente miedo, y tras haber reflexionado acerca de su situación hasta el cansancio extremo, dominaba el arte de mentir con absoluta soltura. Tanto como había aprendido a ser libre de su miedo.

Cuando el beso les subió la temperatura y acuciaba sus instintos a continuar en la cama, Céline frenó el voraz ataque de Louis apartándose. Tenía encendidas las mejillas, él era incapaz de respirar de manera sosegada. Ella introdujo una mano entre su camisa, palpaba el vello oscuro de un pecho sólido en un movimiento constante y rápido.

—Cuando venía, he coincidido con tu mujer y la niña —dijo, pensando en que engañar a François era lícito, no a Cosette—. Iban a comprarte pastelitos para

celebrar el cumpleaños contigo. Si no vas, tu hija se llevará una decepción tremenda.

De repente, Louis endureció el gesto.

—Y haré feliz a mi mujer a costa de sacrificar un día importante para mí que quiero compartir contigo.

—Lo comprendo, pero la niña debe estar por encima de todo. Intenta llegar temprano para verla un ratito —comentó de manera condescendiente—, nosotros tenemos la tarde entera por delante.

Louis vaciló. Después dijo:

—No solo te amo por lo mucho que representas para mí, te admiro por tu sensatez para mostrarme el camino correcto cuando me dejo llevar por mis impulsos.

Ella arqueó las comisuras de los labios, dejando entrever unas filas de dientes ordenados y níveos.

—Yo también te amo, y la niña, mi amor. Sabemos que la ruptura de tu matrimonio no será fácil ni amistosa para nadie —añadió con un deje de tristeza—, por eso debes procurar que a tu hija le afecte lo menos posible. Olvida a su madre, piensa solo en ella.

—Lo haré, igual que ahora solo tengo en mente disfrutar de ti. Por si lo has olvidado, hoy tengo el derecho de pedir deseos para que se me satisfagan.

La voz de Louis fue un ronroneo avisador de sus intenciones. Ni siquiera hizo amago de disimular la lujuria en el brillo de unos ojos que devoraron el escote del vestido azul que ella se había puesto.

Sucumbir a la tentación le llevó horas, delicadas, enredados en la piscina del baño, en los almohadones del salón donde también aprovecharon para deleitarse con la tarta y unos vasos de té, o en la cama. Esa tarde, por enésima vez agotaron los preservativos. Louis había perdido la cuenta de las cajas que llevaba compradas, una proeza para el capitán que se las vendía.

—A este ritmo, me trae más cuenta ir a Londres a por un cargamento —dijo de buen humor, mostrándole la caja vacía antes de tirarla al suelo.

Céline suspiró cuando él deslizó las manos por sus muslos, derecho al núcleo que la volvía loca.

—Hoy he pensado qué pasaría si me quedase embarazada.

Louis levantó la cabeza. Tenía el ceño un poco apretado.

—Aún no, sería una imprudencia. No lo pienses ni en broma.

Durante un momento, planeó sobre ellos una densa tensión.

—Sé que debemos esperar, pero me ha hecho ilusión planteármelo.

—Algún día, mi amor. Algún día tendremos todos los hijos que queramos —afirmó cambiando el tono de firme a cariñoso.

Céline escuchó lo que necesitaba oír. Sonrió mojándose los labios, y abrió un poco más las piernas para permitirle mayor comodidad. En unos minutos había relegado al olvido la idea de ser madre a cambio de sentirse una diosa de la sexualidad atrapada en suaves satenes dorados, bajo el poderío del hombre insaciable que veneraba su cuerpo como si aquel día fuese el último para amarla. Tal entrega era

propia de las despedidas. Pero ese pensamiento no caló hondo en ella, nada les separaría.

Capítulo 12

Casablanca, 26 de diciembre de 1954

LA FIESTA DEL GENERAL Fournier en el Hipódromo había sido una maravilla glamurosa parecida a la del año anterior. La única salvedad para Céline fue que no tuvo más remedio que acudir con François además de la forzosa compañía de su madre. Mientras se quitaba el vestido blanco con bordados de hilos plateados, recordaba lo bien que ella y Louis habían llevado mantenerse alejados el uno del otro para no levantar sospechas. En ningún instante cruzaron más palabras que las oportunas al saludarse ante la presencia de sus familias.

Frente al espejo del tocador que había en aquel inmenso dormitorio, sonreía recordando su audacia al aceptar bailar con un joven oficial, que resultó ser el capitán Lacombe. Lo descubrió durante la conversación que mantuvieron bailando animadamente, y no pudo parar de reír como una tonta. Incluso creyó que el pobre capitán se sintió cohibido ante tanta diversión por su apellido.

En aquel justo momento, la misma diversión le iluminó la cara.

—Qué bien te ha sentado la fiesta —dijo François con reproche al entrar en el

dormitorio.

Céline apretó los labios en una línea severa. La embriaguez flotaba como humo alertándola o para confirmarle que invariablemente François había mostrado en público esa cara permisiva, aceptando de buen talante que bailara con otro hombre, contraria a la real que vería si no andaba con pies de plomo. En silencio, no se buscaría problemas.

Sin ofrecerle la posibilidad de que viera su cuerpo desnudo, cogió un camisón de la antigua cómoda con la meta de ocultarse en el baño hasta que la bestia depusiera su hostilidad.

No tuvo suerte.

François cortó ese propósito sujetándole el brazo cuando pasó por delante de él.

—¿Por qué has bailado con nadie?

El tono bronco sonó amenazador.

—Te he mirado antes de aceptar y has sonreído.

—¿Qué debía haber hecho?! ¿Prohibirte que bailaras con él y ponerme en evidencia?

—Con un simple gesto habría sabido que te molestaba. No me lo recrimines ahora.

Céline intentaba mantener la serenidad, una ardua tarea casi imposible.

—¡Eres una descarada! ¡Has dejado que tu amante te manosee delante de mis

narices!

—¡No es mi amante! ¡Lo he conocido a la vez que tú! ¡Deja de decir estupideces!
—le escupió olvidando la pasividad al recobrar el arrojo que a veces le desaparecía si era prudente cuando mediaba el alcohol—. ¡Controla la bebida para que tus celos no te cieguen!

No había terminado de hablar cuando recibió un bofetón en la mejilla.

—¡¿Cómo te atreves a hablarme así?! ¡Tú no eres nadie para levantarme la voz!

Al denigrarla como solía hacer, Céline gritó:

—¡Ni tú! ¡Estás loco, viejo borracho!

Oírla, estimuló el siguiente golpe. Llegó con una fuerza demoledora. Céline perdió el equilibrio, pero roja de rabia se enfrentó a él arremetiendo como una gata acorralada. La obesidad de François fue su imponente bastión. De pronto, ella se alejó hacia el escritorio de ébano que era una reliquia rusa. No dudó al agarrar un jarrón de cristal tallado, pesaba, ni al levantarlo con las dos manos para que volase raspando la despeluchada cabeza del viejo. El choque contra el suelo provocó un estallido terrorífico.

Bloqueado, François contempló los fragmentos de rabia esparcidos en una alegoría homicida. Tardó poco en reaccionar, y giró la cabeza torciendo el gesto. Ese ataque inaudito le pareció irrespetuoso, consentirlo sería ceder su autoridad. En su mirada podían verse destellos de ira. Se dirigió a Céline con pasos endemoniados. Pero ella estaba sobria, era mucho más ágil y había perdido el miedo; bazas

necesarias para luchar.

Trifulca garantizada.

Durante un buen rato los gritos sucedían amenazas mortales, algunas descabelladas y ridículas, siempre manteniendo una distancia prudencial o, en el caso de Céline, salvaguardando un espacio seguro.

El alboroto alertó a madame Martel. Preocupada por una situación demasiado bochornosa que achacó al exceso de alcohol, ya que antes esas peleas nunca sobrepasaban unos límites normales, según su criterio acerca de los castigos que las esposas podían recibir aunque su caso fue privilegiado al librarse de padecerlos, recorrió el pasillo hasta el dormitorio ajustándose el cinturón a la bata.

No llamó a la puerta, y no estaba preparada para toparse de frente con el demonio furibundo casi atrapando a Céline. Observar con sus propios ojos lo que ignoraba incluso viendo las marcas en el cuerpo de su hija, logró dejarla clavada en el umbral de la puerta sin atreverse a traspasarlo.

—No te atrevas a ponerle una mano encima —dijo madame Martel sin alzar la voz.

François volvió la cabeza hacia ella. El fulgor de la cólera en sus insignificantes ojillos no amedrentó a la mujer. Céline por primera vez en su vida agradecía la intercesión de su madre. Corrió hacia ella, que le echó el brazo por el hombro en un gesto protector.

—¡Largo de aquí las dos! —exclamó François. Al encarar las pupilas celestes de

Céline advirtió un rastro de regocijo—. ¡Esto no ha terminado, ya ajustaré cuentas contigo!

—Duerme la mona —replicó madame Martel.

Le dieron la espalda y avanzaron diligentes por el pasillo. En silencio, quizás porque las explicaciones sobraban, se acostaron en la cama. Sin esperarlo, Céline notó el abrazo cariñoso de su madre. Fue reconfortante durante los minutos que permaneció François rompiendo objetos, a cual más ruidoso.

—Gracias, mamá.

—Pedirte disculpas a estas alturas es absurdo, Cel. Tampoco puedo prometerte que no volverá a pegarte ni que lo escucharé, solo puedo pedirte paciencia y que no lo provoques.

—Nunca lo provoqué, se basta él por sí mismo. Cuando no es por una cosa, es por otra...

—La bebida no le ayuda a mantener la calma.

—No trates de justificarlo; es malo, simple y llanamente.

—Más que malo, está acomplejado. Te quiere y cuando piensa que coqueteas con otro hombre, si ha bebido, te lo demuestra así. Es su manera de hacerte ver que le perteneces.

—Ni esto es amor ni le pertenezco. Esas son las dos verdades que realmente le molestan.

—Tendrás que encontrar la mejor manera de sobrellevarlo.

—Ya la he encontrado.

La serenidad de esa voz revolvió la preocupación de madame Martel.

—¿Cómo?

—Siendo libre.

—No puedes divorciarte, ni lo pienses.

—No lo pienso, mamá. —A pesar del dolor que sentía en el rostro, Céline sonrió al amparo de la oscuridad que alargaba sombras y auspició su confianza—. No necesito divorciarme de él para ser libre, en mi mente nadie más que yo dirijo mi vida.

Céline cerró los ojos, acunada por el suave vaivén de la mano de su madre en el pelo. Parecía darle la razón a una niña caprichosa, ajena por completo a que sus palabras escondían la firme intención de abandonar ese matrimonio desdichado. Todavía no era el momento, pero nada duraba eternamente. Entonces, cuando llegase su día, volvería la vista atrás para apiadarse del pobre diablo que había intentado destruirla en nombre del amor. François se retorcería sintiéndose traicionado hasta que llegase la aceptación de un hecho básico: confundir el amor con posesividad. Ese fue su gravísimo error, el mismo que pagaría hallando su peor castigo cuando supiera de su felicidad con el hombre que de verdad amaba. No se quedaría en Casablanca esperando verlo, sin duda, pero por un espectáculo de esa magnitud incluso sopesaba correr otro riesgo. Tuvo el placer de dormirse imaginándolo, y fue un sueño perfecto.

Capítulo 13

Casablanca, 24 de febrero de 1955

AQUEL JUEVES, CON EL SONERIDO de muerte y la intimidad que pretendía, Céline se armó de valor al afrontar una conversación con François enturbiada por visos de tragedia. No quiso posponerla más o su estado sería visible antes de resolver uno de los problemas pendientes. Louis aún lo ignoraba. Como una ilusa se había convencido a lo largo de dos meses de que no era posible, pocas veces cedieron al deseo sin protección; pero pocas veces no eran ninguna, y ninguna traía la consecuencia de ese nefasto reconocimiento.

Llevaba semanas engañándose, esperanzada en un milagro hasta la ridiculez de aguardar ansiosa el periodo que no llegaba y la rendía a la evidencia al disipar de forma contundente cualquier duda.

La conversación había empezado de manera adusta sin entrar en detalles, diciéndole con cierto arrojo que en agosto sería madre. François no cambió su expresión seria, silencioso, parecía oír sin escuchar. De forma súbita, esbozó una sonrisa. Y ese gesto logró asombrarla, era algo totalmente sorprendente, y la despistó lo suficiente para no anticipar la bofetada que le volvió el rostro del revés.

Fue entonces cuando interpretó el cinismo de esos labios agarrotados por la furia. Se dio cuenta tarde y se recriminó su tonta confianza cuando esperaba una reacción tremendista; igual que él a esas alturas esperaría una buena defensa. Estaba preparada para amargarlo luchando con uñas y dientes. Dada la grasa que lo ralentizaba, su poca agilidad y mala salud, sortearlo no sería una hazaña complicada.

François comenzó a rugir contándole la causa de su esterilidad, como si ella en algún momento hubiese pretendido engañarlo. La violencia de la situación estaba tomando el aspecto de un arrebató impulsivo.

Céline se mantenía tensa, alerta, y su propio pánico se lo transmitía a él como estímulo. La sinceridad no acentuaba acciones misericordes, al contrario.

—¡Jamás nacerá! —gritó exaltado—. ¡Nunca abrirá los ojos a la luz, me encargaré de que no nazca!

Obnubilado por la cólera y herido por la vergüenza, le agarró el pelo tironeando con todas sus fuerzas hasta que la derribó en la cama. Céline gritaba pidiendo auxilio, pero nadie la escucharía. Su madre estaba en una reunión de amigas, aún tardaría algunas horas en regresar; y Ouarda y Hadou ya se habían marchado a su casa. Se cernía sobre ella la sombra infame de la soledad, la cobardía y la rabia en forma de golpes como una lapidación a puñetazos.

Intentaba protegerse el vientre sin defenderse para no mover los brazos. François había perdido la razón, la poca que todavía guiaba sus actos.

Al primer temor de Céline vino a unirse otro nuevo, a veces sospechado: François

la mataría. Durante una fracción de segundo vio sus ojos vidriosos, no tenía intención de dejarla con vida. El sabor metálico de la sangre le sirvió de revulsivo cuando apreciaba el poco acierto y la fatiga mermando la fuerza de François.

En un breve descuido, Céline lo esquivó hasta salir de la cama rodando. El peligro aumentaba su instinto de supervivencia al darle alas para escapar corriendo hacia el cuarto de baño. En esos instantes indoloros la adrenalina dirigió sus movimientos. François empezó a aporrear la puerta sin contener una sarta de amenazas. Los dos se afanaban por respirar, sus pechos eran máquinas constantes.

Después, tras examinarse las piernas, espalda y rostro, los sitios que había dejado expuestos, Céline se echó agua en la cara. La frialdad mitigó un poco su dolor y le limpió la sangre, pero destempló más los temblores incontrolables que la sacudían.

Con el paso de las horas, mudas, lentas, y sin la seguridad de que él hubiera desaparecido, salir era de una imprudencia extrema. Estiró una toalla en el suelo, se sentó y, al cabo de unos instantes, como quien ha perdido la cordura, un rítmico balanceo la sumergió en el limbo del vacío más desolador.

A eso de las once de la noche, escuchó la voz de su madre. Hablaba con François, parecía recriminarle que estuviera borracho. Ni dos minutos después, tocó varias veces en la puerta del cuarto de baño. Al ponerse en pie, Céline apenas guardó el equilibrio. Su esfuerzo fue descomunal.

—Dios mío —exclamó su madre entrando. Palideció súbitamente—. Hay que llevarte al hospital.

—No —replicó de inmediato—; no tengo nada roto, solo magulladuras.

Madame Martel sintió un ramalazo de rabia, consciente del peligro que había corrido Céline. Llevaba dos meses mediando cada vez que el comportamiento de François rayaba el maltrato, sin embargo, esa tarde salió tranquila. Nada le hizo aventurar tal desgracia. Si no, habría insistido con mayor firmeza para que Céline la acompañara al club. Se arrepentía de muchas cosas, y la más hiriente era haber ignorado o hasta buscar justificaciones machistas para unas palizas intolerables.

Cuando Céline estuvo a salvo en su dormitorio, fue a decirle a François todo lo que se había callado. Mientras tanto, Céline lloraba desconsolada. Se veía presa, indefensa por la velocidad de un acontecimiento que en vez de acelerar la resolución de ese matrimonio le pareció detener el tiempo en un sórdido impasse.

La puerta principal de la casa resonó con un crujido horripilante, lo sobresaltó todo; pero ella sintió un momentáneo alivio ante la huida de la bestia. Madame Martel no tardó en reaparecer. En su expresión se mezclaba la soberbia y la congoja.

—¿Quién es el padre?

Céline, sentada en la cama con el cuerpo reclinado hacia delante, bajó la mirada.

—No le he dicho que fuese él —respondió evadiendo su pregunta, recordando el cinismo de François al alegrarse y su posterior explicación acerca de una antigua sífilis que lo había dejado estéril—. Se lo he dicho para que me deje en paz.

—¿Quién es, Cel?! —La paciencia de la mujer brilló ausente—. ¡He dado la cara por ti! ¡¿Y qué obtengo?! ¡Al final son ciertas todas las suposiciones de François! ¡¿Por qué?! ¡¿Te das cuenta de que te tacharán de fulana?! ¡¿Qué va a ser de

nosotras?!

Céline guardó silencio. Había creído que su madre actuaba en su defensa, y se equivocaba. «Las personas no cambian, matizan sus defectos; pero siempre defenderán sus propios intereses», pensó, hartándose de observarla dar vueltas por la habitación mientras despotricaba sobre su conducta inmoral.

—No sé lo que será de ti —habló despacio, cualquiera habría creído que estaba calmada—, lo único que tengo claro es lo que será de mí: voy a ser madre, me siento feliz a pesar de todo y tengo la intención de cuidar a mi hijo al lado de su padre, muy lejos de ti y de François —matizó.

—François no lo permitirá, quiere hacerse cargo de tu hijo; y es lo mejor para evitar el escarnio público y salvaguardar tu dignidad. Dentro de tu mala cabeza, puedes sentirte afortunada.

Esas palabras le daban la razón a Céline, de nuevo su madre perdonaba al monstruo a costa de su integridad física en una bajísima estima contra la sobrevaloración de las apariencias. Pero ya no era admisible. Louis y ella tenían sus propios planes, y él jamás renunciaría a ese hijo fruto del amor inmenso que se profesaban.

—¡No! —gritó con pánico—. ¡Parece mentira que le hayas creído! ¡Ha amenazado con matarlo!

—Eso te lo habrá dicho en el fragor de la discusión.

—¿Discusión? —Céline se quitó con brusquedad la bata y el camisón. Le señaló

las marcas de los puños que, sonrojadas, empezaban a oscurecerle la piel—. ¿Llamas a esto discusión? ¡Si no me protejo el vientre, habría matado a mi hijo! ¡¿Piensas que no volverá a intentarlo?!

—¡Claro que no! —dijo, convencida de que François la respetaría—. Sería un cobarde si te provocase un aborto.

—Es un cobarde —afirmó con desprecio. Tras un instante silencioso, agregó—. Hablaré con el padre de mi hijo —dijo sin ánimo de desvelar la identidad de Louis—, hasta ahora le he ocultado todas las desgracias que vivo en mi matrimonio por no enfrentarlo a François, pero se acabó. A ver si es igual de valiente levantándole la mano a un hombre.

—Que no se te ocurra ir a verlo, eso agravaría tus problemas.

—Lo haré —habló obstinada a sabiendas de que al día siguiente faltaría a su cita en Sahar, que le quedaban semanas para recuperarse, semanas sin poder contarle a Louis que estaba esperando un hijo suyo, semanas ignominiosas encerrada. Esa vez, en la cárcel de su cabeza. Aunque François le dejó claro que no saldría de casa, pesaba más la conciencia de traicionarse a sí misma; era el peor castigo, aunque también aventurarse a contradecirle se auguraba complicado y su madre acababa de repetírselo. Así y todo, hallaba un coraje alentador, procedía de su esperanza—. No te quepa la menor duda de que lo haré.

Capítulo 14

Casablanca, 23 de marzo de 1955

EL ENCIERRO DE CÉLINE era flexible si el carcelero lo deseaba, y ese miércoles fue el caso. Estaba mostrando una sonrisa conveniente al marchante de arte parisino, que tanto respeto infundía en François, sin ni siquiera prestar atención a su voz amable en una charla apenas interesante. El hombre, de mediana edad y aspecto pulcro, insistía en introducirla pidiéndole su opinión; sin lograr más de uno o dos monosílabos aun fastidiando a François. Realmente, cada vez que percibía los ojos dispares clavados en ella, sentía una débil punzada de satisfacción. Esas pequeñas recompensas la animaban. Nunca cesaría de contrariarlo después del infierno al que la había relegado.

Repuesta por completo, esperó una miserable benevolencia que propiciara la situación idónea para reunirse con Louis. Sin embargo, o la encerraba en el dormitorio cuando su madre no podía vigilarla o, como esa tarde, la arrastraba hasta la tienda como rehén de sus miedos sin fijarse en el verdadero motivo que provocaba esos miedos. Había apreciado el cambio inmediato en el brillo de sus ojos como delante de él se llevara la mano al vientre. Por supuesto, por días repetía el gesto con

mayor frecuencia porque podía sentir el crecimiento de su hijo, porque disfrutaba recordándole que había amado a otro hombre.

El marchante se rindió durante un buen rato, cuando trataba con François la venta de un cuadro, y ella pudo recorrer la tienda perdida en sus cavilaciones acerca de Louis. No dejaba de pensar que la desesperación al sentirse abandonado estaría causando estragos en su confianza. Igual que en cuanto tuviera la oportunidad de contarle el porqué de su desaparición aspiraba a su entendimiento. «Ningún obstáculo se interpondrá entre nosotros», eso solía decirle.

—Ha sido un placer conocerla, madame Hubert —dijo el marchante como despedida, estrechándole la mano—. Espero verla en otra ocasión. He tratado de convencer a su esposo para invitarles a cenar conmigo mañana en La Corrida; pero no ha habido suerte. Inténtelo usted, seguro que es más persuasiva que yo.

Los ojos de Céline se iluminaron.

—Es mi restaurante favorito, y hace mucho tiempo que no voy. ¿Por qué no aceptamos? —le preguntó a François.

El marchante no notó nada extraño en ese tono de voz suave, pero François captó de forma fulgurante la dulzura impostada y con el claro propósito de incomodarla le sujetó la cintura sin amilanarse por un contoneo disuasorio.

—Tienes razón, Hervé —empezó diciendo François, con la mano bien prieta en la cintura femenina—, es más persuasiva que tú. ¿Cómo puedo negarle nada?

Céline rio con una risa forzada, en un mal momento. Quizás el peor al hacerlo a

pocos metros del hombre que llevaba semanas devanándose los sesos preocupado por ella.

Esa tarde, Louis había abandonado Sahar con el firme propósito de averiguar el motivo de una sorprendente deserción. En un principio barajó la idea de acercarse a su casa con alguna excusa relativa a sus padres o Helen; pero recorriendo las callejuelas de la Medina siguió el impulso que le había guiado a la tienda. Ahora bien, estaba casi convencido de que no la encontraría. En varias ocasiones Céline le aseguró de que apenas la visitaba. Por eso, sintió una patada en el estómago al verla a través del escaparate.

Louis estuvo a punto de perder el equilibrio con los ojos inmóviles en la mano posesiva de François. Durante un instante se bloqueó, helado. Cuando esa visión se tornó insoportable, apoyó la espalda contra la fachada del local contiguo.

El único pensamiento que acertaba era insidioso y le hería en lo más profundo del alma. Se juró tras discutir con ella que jamás volvería a dudar de su amor, desde aquel día había transcurrido casi un año y había cumplido con la convicción absoluta de que lo amaba, incluso llevando sin noticias suyas desde el 23 de febrero la excusaba porque a él de vez en cuando también se le complicaban las cosas y fallaba en alguna de sus citas semanales. Pero hasta ahí. Tras sufrir su ausencia lleno de nostalgia mientras lidiaba con los feroces enfrentamientos de Helen, ilusionarse conforme abría la puerta de su refugio creyendo que ese día la suerte no le habría abandonado y acumular decepciones, tras todas sus miserias solo le quedaba tomar la decisión más dolorosa, la que nunca imaginó llegaría a plantearse: olvidarla.

Capítulo 15

Casablanca, 15 de abril de 1955

CÉLINE REALMENTE ESTABA contenta por el modo en que había despistado a su madre. La idea se le ocurrió de repente cuando compraban ropa para el bebé. Le dio aprobación con la ingente cantidad de ropa que le gustaba, la incitó a visitar otras tiendas mientras ella se ponía penosa por los mareos. Así logró llegar en taxi a la Medina para transitarla como un espectro a punto de alcanzar la vida eterna. Por fin tenía al alcance de la mano escapar de su suplicio.

Caminaba con cautela evitando las calles cercanas a la tienda de François, nadie debía verla cuando se la suponía en casa. Enfiló el estrecho callejón de Sahar con un rezo recurrente, aquel viernes Louis no podía fallar a su cita. Era un poco pretenciosa al confiar de esa manera en él después de tantas semanas siendo ella la que no había acudido, pero su necesidad de verlo animaba su optimismo natural ante una expectativa mil veces soñada.

Tal y como recobraba la ilusión, un presentimiento inmediato de peligro se adueñaba de sus pasos. Antes de abrir la tapia de madera, volvió la vista atrás; nadie. Y suspiró aliviada.

El jardín nunca lo había conocido cuidado, pero en aquel preciso momento fue como si viera por primera vez que los arbustos se desparramaban salvajes por todas partes. Le resultó extraño.

Luego, al traspasar al interior de la casa, esa sensación de extrañeza cambió a asombro descorazonador. Imperaba un desorden absoluto: los almohadones estaban tirados por la estancia, había cuatro botellas de whisky vacías en la mesa, y dos más rodaban en el suelo; y el olor a tabaco envolvía la atmósfera cargada de mugrienta acritud.

Escuchó un golpe estridente en el dormitorio, seguidamente, el tintineo característico del cristal. Con rapidez, dirigió sus pasos hacia allí. La alegría al creer que Louis estaba esperándola le duró un insignificante segundo, lo que fue ver unos ojos ensangrentados por la falta de descanso y el exceso de alcohol.

Louis, que se había rendido a la soledad y tenía agotadas las existencias de whisky, estaba sopesando darse un baño en la piscina para despejarse antes de regresar a su casa. Al verla, dejó las manos en la camisa sin terminar de desabrocharla. No pudo evitar la rigidez de su cuerpo ni recorrerla con la mirada despectiva que posó en aquel vientre algo abultado, desconcertante, y que no movió porque había olvidado cómo hacerlo.

—Hola —susurró ella, y tragó despacio—. Siento muchísimo no haber venido antes, me ha sido imposible. —Anduvo vacilante hacia él—. Tenemos que hablar, mi amor, no puedo continuar así.

Louis levantó la mirada de su vientre, meneando de forma casi imperceptible la cabeza. Volvió a abrocharse los dos botones de la camisa que dejaban al descubierto un poco de su vello oscuro del pecho, ignorándola. Cogió las botas negras y se sentó en la cama. Estaba remetiéndose las perneras de los pantalones caquis del uniforme cuando Céline avanzó hasta situarse a un metro escaso de él.

En otra circunstancia habría aspirado hondo la fragancia de su perfume, era un olor intenso y delicado que le anulaba la voluntad, pero no quiso permitírselo. No aumentaría su vulnerabilidad, ni siquiera pensaba hablarle; con ella era preferible helarse en silencio a arder gritando para terminar perdonándola.

Céline comprendía su enfado, pero el motivo de su desaparición no era baladí y entre los dos estaban obligados a resolverlo. Que Louis estuviera comportándose de un modo pasivo empezaba a desmoronar la firme determinación que había tenido al escapar de sus captores.

De manera cautelosa, y pese a las nulas señales de embriaguez que observaba en él, como sabía que disgustado su carácter se tornaba impredecible, le habló comidiendo el tono:

—Louis, no he podido venir porque mi marido me tiene encerrada en casa.

—Mentirosa —dijo, y se puso en pie.

Sin mirarla, le dio un tirón a la guerrera del uniforme que tenía encima de la cama y se la colocó con brusquedad. Mientras, la compostura de ella se hacía añicos.

—Es verdad, no sabes las semanas que llevo viviendo, no puedo seguir así...

Céline se echó a llorar.

—La tienda de tu marido está aquí al lado, ve a que te consuele.

—¿Por qué me estás haciendo esto? —le preguntó cuando él se disponía a abandonar la habitación—. Estoy embarazada, ¿no te has fijado?

Louis necesitó echar mano de toda su templanza. Eso era el colmo de la desfachatez.

—Por desgracia para mí, sí —dijo con frialdad, y volvió a mirarle el vientre—. Enhorabuena, te deseo toda la felicidad del mundo —mintió conteniendo sus celos.

Al escucharle, Céline comprendió su error.

—Es tuyo, ¿has pensado que era de mi marido?

—¿Mío? —Louis arrugó la cara entera—. ¡Deja de mentir, Cel! ¡Llevas jugando conmigo desde que nos conocemos!

—No es cierto. Te lo he repetido muchas veces, desde que tú y yo estamos juntos no he mantenido relaciones con mi marido. Por eso me ha encerrado, porque sabe que no es el padre y no quiere que me ponga en contacto contigo. Créeme, Louis. Estoy embarazada de ti. Haz cuentas y saldrás de dudas.

—¿Para qué si te has acostado con los dos? ¿Él usa preservativos? —le preguntó lleno de sarcasmo—. No, ¿verdad? ¡Pues ya tienes al padre!

Ese grito rabioso alejaba la esperanza de Céline.

—¡No me he acostado con los dos! —exclamó harta de esa actitud desconfiada—.

¡Solo me he acostado contigo! ¡¿Cuántas veces necesitas oírlo para creértelo?!

—¡¿Ahora mismo?! —Louis se encaró con ella—. ¡Ninguna! ¡No necesito escuchar más mentiras! ¡No te necesito en mi vida! ¡Y no voy a cargar con el hijo de nadie! ¡¿Te queda claro?!

—¡Es tuyo! —gritó en un mar de lágrimas—. ¡Tuyo!

—¡Imposible!

Louis no razonaba, solo era capaz de negar obcecado en una traición que no podía admitir. En aquel momento, la angustia de ella no le conmovía. Su único deseo fue zarandearla para escuchar la verdad, pero ni eso intentó. Se conformó con verla sufrir como él sufría al despedirse de sus sueños.

—Tienes que creerme, Louis —le dijo con la voz rota—; este hijo es nuestro, de los dos —agregó, acariciándose el vientre. Buscaba la energía necesaria para convencerlo—. No siempre usaste preservativos, recuérdalo... Diciembre...

—Me has engañado. No quiero recordar nada donde estés presente —habló duro, tanto como su expresión congelada.

—Por favor, no me dejes ahora; me moriré de pena... —Bajó la cabeza, derrotada—. Tienes que creerme...

—Devuélveme las llaves.

—Louis, por favor... Te quiero, quiero a este hijo... —Céline no pudo dejar de llorar, era un instinto. Estaba siendo consciente de que él había tomado una decisión espoleado por sus celos y después de una ausencia tan larga, que nunca consideró

mortal, no se cansaría de rogarle—. Si alguna vez me has querido un poquito, te pido que hagas memoria... Vamos a tener un hijo, no nos abandones a los dos, por favor...

Louis movió la cabeza negando. Debía finalizar o esas lágrimas acabarían horadando sus defensas.

—No te he querido nunca un poquito, Cel, te adoraba —reconoció con desdén—, te tenía en un pedestal, te he amado con locura, más que a mi vida —añadió—, más que a todo. Por ti he estado a punto de terminar con mi matrimonio, ¿y para qué? Para tragarme que me dejases plantado mientras eras feliz con tu marido.

—No digas eso; sin este amor, no soy nada, no somos nada, Louis...

Al oírla, tembló. «Sin este amor, no somos nada» Esas palabras se colaron en su mente con una fuerza demoledora, pero no dejó que su flaqueza erosionara unos celos casi salvajes.

—No puedo creerte porque ya no confío en ti; has sido el mayor error que he cometido en mi vida.

Tras soportar demasiada dureza y reproches que la asfixiaban, Céline claudicó a la única realidad inconcebible. De manera brutal su relación había llegado a un punto que les marcaba con la sombra del dolor. Se sentía incomprendida. Estuvo a punto de hablarle de los malos tratos, pero no le quedaban marcas para justificarlos, y la indignación de Louis sumada a su desconfianza y celos no fueron certezas de garantías. Marchándose de aquella casa se quedaba sola con ese hijo que para ella significaba futuro aunque para él fuese una traición y para François un estorbo.

Temblorosa, sacó las llaves de su bolso y se las tendió. Mirándole las pupilas inmóviles, ni siquiera parpadeaba, le dijo:

—Espero que cuando nazca se parezca a ti, entonces te darás cuenta de que nunca te he mentado. Adiós, mi amor; cuídate mucho.

Louis permaneció en silencio. No volvió la vista hacia la puerta para verla salir, sentía los músculos agarrotados. Su corazón, en la garganta, bombeaba sangre a una velocidad infernal. Al escuchar la puerta cerrarse, reaccionó de la única forma posible. Sin noción de daños, sus manos abatieron aquel dormitorio con una fuerza terrorífica. Se había apoderado de él un ansia aniquiladora de recuerdos ante la desolación al perder ese amor inmenso que creyó eterno. Cualquier objeto a su paso quedó destrozado. Sahar dejaba de significar magia; la magia ya no existía.

Capítulo 16

Casablanca, 14 de junio de 1955

UN FULGOR SOMBRÍO, denso, sobrevolaba por el dormitorio de madame Martel mientras Céline y Ouarda veían su pecho oscilar forzoso y oían la pesadez de su aliento en el último suspiro de la vida. Compartieron una mirada fugaz para transmitirse la tristeza ante otra vicisitud sorpresiva. Madame Martel había empezado a sentirse mal el día anterior, estaba extenuada; y lo achacó a la intensa actividad decorando la habitación del bebé. Podía decirse que la ilusión la había matado de manera fulminante. Ni el médico que la atendió esa misma mañana encontraba una explicación lógica, innecesaria cuando estaba agonizando.

Las piernas de Céline se le debilitaban, un sudor frío le brotaba de la piel y tembló sin control perdiendo la estabilidad. Ouarda le sujetó la cintura, compasiva, y la guió fuera de aquel dormitorio impregnado de mortecino silencio.

—Lo pasarás muy mal unos días, *chérie*, pero después te sobrepondrás; la vida es así. Tienes que pensar en tu hijo, los meses que te quedan son los más importantes y los peores con este calor —dijo cariñosa.

Céline apenas podía articular una palabra. Creyó estar gafada, como si hubiera una fuerza poderosa empeñada en arrebatarse el poco bienestar que aún tenía. ¿Por qué las desgracias se cebaban con ella? Louis seguía concediéndole la indiferencia más infame, ni siquiera contestaba ninguna de las cartas que le escribía contándole acerca del embarazo con la esperanza de removerle la conciencia; y aquel día, al asumir que su madre jamás llegaría a conocer al nieto que tantas alegrías le había dado, a pesar de recriminarle su concepción y tratar sin éxito de averiguar quién era el padre, con la profunda pena de despedirse de ella cuando parecían estar recobrando parte del tiempo perdido, un espeso pesimismo la atemorizaba. Se quedaba sola en el mundo, sin nadie que velara por ella; y con ella misma como única valedora para proteger a su hijo; solos el uno con el otro. Esa idea la horrorizó.

Delante del cadáver de su madre, tras la partida de Ouarda con la noble intención de prepararle un zumo fresco, no fue capaz de alejar un pensamiento de su cabeza: desvanecerse en cuanto diera a luz.

Debía hallar la manera de huir de François. Pensar que su hijo sufriera alguna clase de represalia, o que incluso acabara con él antes de que naciera —algo que hasta entonces no había vuelto a intentar—, o, sencillamente, que en un acto de benevolencia extrema François pretendiera ejercer de padre con él, lograba sacarla de sus casillas. No podía consentir tal clase de referente. Nunca dejaría que su hijo, su bien amado hijo fruto del amor, fuese criado por un hombre violento porque la violencia se copiaba y aumentaba con la edad. «Ni pensarlo», se dijo.

Empezó a maquinarse una salida a su problema. Cuando su hijo hubiese nacido se

daría la ocasión deseada, el sueño hecho realidad aun sin Louis, como si el bebé trajera un regalo envuelto en papel brillante y atado con cinta dorada.

Pudo imaginarse viviendo sola con él en París. Le gustaba el aire cosmopolita de esa ciudad de donde su familia era oriunda. En París ella sería una respetable dama que había llegado para darle a su hijo una esmerada educación europea. Inventaría alguna patraña convincente sobre su situación para evadir molestas preguntas que atañeran a su pasado.

Al cabo de un buen rato, concluyó que en París estaría demasiado expuesta a François; y se entretuvo buscando destinos apetecibles. Roma, siempre le atrajo su historia; Londres, buena opción por el idioma aunque le asustaba; Madrid, inviable con esa dictadura militar. Poco a poco repasó las ciudades que siempre le gustaron hasta llegar a la conclusión de que para pasar desapercibida con un bebé tenía que optar por ciudades francófonas y europeas por no emprender un largo viaje hasta Quebec o Montreal, donde sí se sentiría a salvo. Sus opciones se redujeron considerablemente: Suiza o Bélgica.

De pronto, la irrupción de su ensoñación llegó con el vocerío de François. Cuando entró en el dormitorio, ella estaba preparada para cualquier enfrentamiento.

—¿Estás velando a la muerta?

Céline movió la cabeza negando. No esperaba humanidad, pero un poco de educación no habría sobrado. Se puso en pie y miró por encima de su hombro a Ouarda, que desde la puerta parecía un funesto espectro protegiéndola.

—Cuando puedas, organiza su sepelio —le dijo Céline—, quería que la

enterrasen junto a mi padre.

François le agarró el brazo para impedir que saliera, se reclinó en su oído y le susurró:

—No eres nadie para ordenarme nada; y se te ha acabado la suerte. Pero recuerda cómo cuido lo mío; solo lo mío.

Céline echó el brazo hacia atrás en un gesto brusco. Entendió la amenaza al pie de la letra, su hijo corría peligro.

—Recuerda tú que también yo cuido lo mío. No lo olvides.

—Madame —intervino Ouarda—, le he dejado en el saloncito el zumo de naranja; no tarde en tomárselo.

François volvió la cabeza para encontrarse las pupilas negras de la mora desafiándole. Impasible, observó a Céline de espaldas y torció la boca en un arco feliz aunque su expresión rayaba el descaro. Ouarda le correspondió con una sonrisa parecida, hipócrita y despectiva, antes de seguir a Céline y dejarlo plantado en mitad del dormitorio.

Él se acercó a la cama con pasos vacilantes y cara de asco. Detestaba el olor de la muerte, le ponía los vellos de punta. Al contemplar el rostro pálido de la mujer que había transigido durante años por agradar a Céline, no pudo reprimir la malaleche.

—Tendrás el funeral que te mereces, querida suegra. Ni más ni menos. ¿No he sido siempre generoso contigo? —Sonrió, contento ante la nueva expectativa que esa muerte le brindaba. Al fin le provocaría a Céline un sufrimiento parecido al suyo. Sin

duda una terrible desgracia, pero podría ser relativamente soportable si ella conservara la prudencia de no cometer el mismo error, no solo por el embarazo, sino también por la soberbia y por la desvergüenza de tratarlo sin respeto, suponiendo, claro está, que ese romance fuese el primero. Había llegado incluso a cubrirse la espalda por si le fallaba el plan, nadie evitaría que la oscuridad cegara a Céline tras un velo negro, descartado mantener al hijo de otro ni soportarlo en su casa como recordatorio. En definitiva, ahora, se encontraba sumergido en el intenso regocijo del empoderamiento, de una luminosidad absoluta, tan nítida que no imaginaba condenas, sino la gratificación de la ansiada venganza. Inclino la cabeza sobre el oído de madame Martel y en un susurro, evitando ser escuchado para no malograr sus descabelladas ideas, le dijo—. Guárdame un sitio en el Infierno, allí nos veremos.

Capítulo 17

Casablanca, 22 de agosto de 1955

EL SOPORÍFERO CALOR LOGRÓ gotar a Céline en la mecedora de su dormitorio. En un limbo donde el sonido de la fuente del patio y las chicharras eran contradicción, se tomaba la limonada bien fría que Ouarda le había subido antes de marcharse con su marido. A pesar de la insistencia de la mora por no dejarla sola, preocupada ante la inminencia del parto, no transigió.

Por aquellos días Céline casi aceptaba la soledad como el estado necesario para afrontar el nacimiento de su hijo. La convivencia con François apenas le molestaba, y de hacerlo —él no perdía la fea costumbre de provocarla con reproches o incluso con golpes que pretendían amedrentarla— era capaz de plantarle cara con una osadía irracional. Para ella, palpase la voluminosa barriga y tener la seguridad de que su bebé se desarrollaba sin contratiempos significaba un triunfo enorme. Estaba consiguiendo llegar al final del embarazo por encima de infames amenazas, salvando con entereza la muerte de su madre, dignamente, aun con la sensación de sentirse abandonada.

A veces podía elegir sus recuerdos, los seleccionaba con cuidado para no caer en

el sombrío abismo de la tristeza. Pero otras veces no tenía elección. Como empezó a ocurrirle en ese momento. Siempre Louis, siempre el rumor de sus besos, el tacto de sus manos; los sueños compartidos, o su inmenso amor aunque ya apenas dudara de su manera incomparable de sentirlo.

Ella fue una inconsciente apabullada por la felicidad; en cambio, Louis solo había perdido el control de sus emociones cuando se sentía traicionado y usaba el whisky como vía de escape. O directamente huyendo de Casablanca al frente de una misión militar. Eso era lo que ella sospechaba había hecho por no aceptar la verdad que se movía en sus entrañas.

Céline se llevó la mano al vientre, encorvando el cuerpo. Acababa de sentir un dolor tan intenso que se había quedado sin respiración. Duró poco, pero su instinto le advertía que aquello era el principio del parto.

Nerviosa, aguardó varios minutos una repetición; y no pasó nada. Creyendo que su hijo estaría preparándose para nacer en los próximos días, decidió acostarse por aprovechar la brisa fresca del atardecer.

Dejó entreabiertos los postigos y se tumbó en la cama cuando le sobrevino otra contracción. No era buena señal, el parto parecía demasiado cercano. Así fue. Conforme la luz se evaporaba en el cielo, ella no podía evitar retorcerse. El dolor se le concentró en el bajo vientre y en la espalda, con tal magnitud que buscar ayuda ni siquiera le pareció posible. Debía llamar a un taxi para que la llevase al hospital.

Haciendo un esfuerzo bárbaro, sacó la maleta que tenía en el armario con ropa de ella y del bebé. Luego, entre las intermitentes treguas del dolor, se cambió el vestido

y se recogió el cabello en una coleta alta.

A punto de salir del dormitorio, la aparición de François le resultó desagradable.

—¿Adónde vas?

—Estoy de parto, me voy al hospital.

Céline sonó firme. El anticuario la observó elevando las cejas.

—Irás donde yo te permita ir.

—Al hospital, ahora.

François meneó la cabeza, sonriente. Se acercó a ella, que refuló por no rozarse, y la agarró del brazo.

—¿Cómo tengo que decirte que tú a mí no me das órdenes? —le preguntó, dándole tirones agresivos al llevarla hasta la cama—. ¡No me ordenas nada! ¡Tú no me ordenas nada! —gritó exaltado. Los planes de aborto habían fracasado, los de enderezar su matrimonio eran quiméricos, ¿qué le quedaba? Por supuesto, imponerse—. ¡Tendrás a tu criatura aquí! ¡Como se ha hecho siempre! Hospitales... —rezongó—. Tú no necesitas ningún hospital, me tienes a mí para ayudarte.

Esa oferta resultó una ofensa sarcástica que escondía la única amenaza con capacidad de acobardar a Céline. Nada podía ocurrirle a su hijo, pero... ¿cómo protegerle del mal si las contracciones no le permitían mantenerse erguida?

Tras agachar la cabeza, soportando una punzada que la partía en dos, con la voz convertida en un ruego, le dijo:

—No puedo dar a luz aquí, por favor... deja que vaya al hospital... Por favor, François, olvida todo lo relativo a nosotros... Esto no tiene que ver...

—Ni olvido, ni perdono. Te dije que tu bastardo no vería la luz y es exactamente lo que ocurrirá. Nadie va a ayudarte. Tuviste valor para mantener una aventura, tenlo ahora para parir sin asistencia.

El tono calmado del viejo le puso la piel de gallina. Había pasado de la exaltación a la tranquilidad, ¿por qué? Sin duda, al ser consciente de que tenía delante la ocasión que había buscado durante el embarazo y no culminó siempre por la intromisión de Ouarda o hechos inesperados a favor de ella.

—Ten un poco de humanidad, mi hijo no es culpable de mis errores. Deja que nazca en un hospital y después tendrás tiempo de castigarme.

—Aquí, si quieres que nazca, será aquí.

Céline bajó de nuevo la cabeza, con las manos sosteniéndose el vientre, y gritó como un animal al borde de la muerte. El dolor era más fuerte, más brutal. François salió del dormitorio, aún sonreía, regodeándose en ese golpe de suerte aunque ya hubiese pactado no dejarlo todo en manos del azar.

Al cabo de unos segundos, regresó sin la chaqueta de lino y empuñando un cuchillo bastante grande. Vio el sudor en el rostro de Céline, y pensó que la había idealizado cuando no era más que otra mujer corriente.

—Esforzarte te sienta fatal, querida —comentó de pasada—. Pero no temas, el bastardo saldrá... Que sepa, ningún niño se queda dentro de su madre... A no ser que

los dos mueran, claro. —De forma amenazante, esgrimió el cuchillo delante de ella—. Intentaremos que eso no ocurra.

Céline observó sus ojos en la hoja afilada del cuchillo, un espejo del pánico, y le preguntó:

—¿Para qué lo necesitas?

—Estás tan preocupada por el parto que no escuchas. Para ayudarte, querida, para ayudarte. ¿Cómo quieres que corte el cordón?

—Tú no vas a acercarte a mi hijo.

Presa del terror más disuasorio, Céline halló un poco de valentía para cruzar la habitación con la única meta de huir.

No pudo atravesar el umbral de la puerta.

De nuevo, otra contracción frenó su ansía de escapar. Gritó enloquecida pidiendo auxilio, sin saber que enfurecía más a François.

Con el cese del dolor, llegó el apresamiento y la crueldad extrema. El pulso del viejo no temblaba sosteniendo el cuchillo en el cuello de Céline mientras soltaba palabras intimidatorias. Esa violencia conseguía acobardarla, pero también le daba empuje. Estaba en juego la vida de su hijo. Tenía claro que iba a acabar con él, con ambos, y no vaciló al golpearle con el codo para soltarse. Echaba la cabeza a un lado, se revolvía, hasta que François cedió y le advirtió que solo lograría silencio con la boca bien tapada. Fue entonces a buscar un pañuelo para amordazarla, y fue cuando ella, de un rápido vistazo, localizó el nuevo jarrón que había en el tocador. Era

grande, metálico y pesado. Y no volvió a dudar. Lo alzó con las dos manos, se apostó detrás de él y con todas sus fuerzas lo dejó caer en su cabeza.

El golpe sonó contundente.

François se desmoronó en el suelo como un hipopótamo herido de muerte. Céline no controlaba los nervios, pendiente al charco de sangre que manaba de esa cabeza medio calva. Ningún movimiento, ningún intento por respirar, nada.

Casi en trance, Céline esperó unos minutos. Misteriosamente las contracciones le dieron la tregua apropiada para acometer la peor acción de su vida o, quizás, para liberarse de lo peor de su vida.

Todavía nerviosa, tuvo la frialdad de pensar en su futuro y en el de su hijo si se descubría que ella había matado a François. No podía permitir que después de muerto siguiera dominando el rumbo de su vida, no lo consentiría. Así pues, espoleada por el miedo pero con lucidez, abrió la caja fuerte para sacar sus joyas y fajos de francos que François no declaraba.

No contó el dinero al introducirlo en la columna hueca del dosel de la cama, lo metió todo a presión; después usó el cuchillo para rajarse las cortinas, el colchón, para escenificar el asalto que pensaba contarle a la policía. Ese fue su plan, convencerles de un robo que había acabado con la muerte de su marido defendiendo “lo suyo”.

Tras llamar al cuartel de la gendarmería, pidió un taxi para ir al Hospital General de Casablanca. Empezaba su nuevo rumbo, con ese golpe de suerte que cambiaba las tornas para devolverle la esperanza. Muy pronto regresaría con el hijo de Louis Fournier, su gran acicate contra la adversidad de un destino empeñado en robarle sus

sueños. Sin carcelero, por fin era libre.

Continúa con *La Fragancia de lo Infinito*, donde los caminos de Céline y Louis volverán a cruzarse; nadie puede detener lo inevitable.

Sobre la autora

Rosa Alcántara Menéndez nació en Málaga y se ha formado en Barcelona, Bath y su ciudad natal, donde desarrolla su carrera profesional en el mundo de la arquitectura e ingeniería compaginándola con la escritura de novelas. Además de *El rumor de tus besos* y *La fragancia de lo infinito*, tiene publicadas entre otras: *Indestructible* (2014), *Ivory Manor* (2015), *Trébol rojo* (2015), *Un recuerdo indestructible* (2016), *Boreal Róis* (2016), *Lágrimas esmeraldas* (2016), *En honor a la verdad* (2017), *La señora Pinkerton y sus demonios* (2017) y *Lilas en el bosque* (2018). Lectores de todo el mundo ya la han descubierto a través de Amazon y la recomiendan por su gran capacidad para meternos de lleno en otras vidas, ciudades y atmósferas. Con un sello propio, Rosa Alcántara no se limita a la romántica, destaca en sus novelas el suspense que atrapa con una lectura fluida, sin olvidar tramas sólidas salpicadas de humor, personajes con profundidad y un ritmo trepidante.

Páginas de interés

<https://www.rosamenendez.com>

<https://www.facebook.com/RosaAlcantaraMenendez/>

Instagram: rosa_alcantara_menendez

@RAlcantaraM

Contacto: rosaalcant@hotmail.com

Diseño Gráfico: virginia@jm-3.com

© Rosa Alcántara Menéndez 2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación de un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

